

EL DESPERTAR

REVISADO POR LA CENSURA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MAGIO-BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18881 - BARCELONA

EL DESPERTAR

Maravilloso asunto dramático, original
de FRANCES MARION

Producción SAMUEL GOLDWYN

Dirigida por VÍCTOR FLEMING



Exclusiva de
LOS ARTISTAS ASOCIADOS
Rambla de Cataluña, 62
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES:

<i>María Ducroz</i>	VILMA BANKY
<i>El tío Ducroz</i>	WILLIAM A. ORLAMON
<i>Pedro</i>	LOUIS WOLHEIM
<i>Fernando de Orlano</i> . . .	WALTER BYRON
	etc.

EL DESPERTAR

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Ya había cantado el gallo varias veces. En toda la granja había un rebullir de despertar. Los gansos, agrupados para hacerse más fuertes, habianse acercado a la puerta de la casa y reclamaban el desayuno. Las últimas brumas de la noche se habían dispersado y un anuncio de sol aparecía por oriente. Las aves volvían a ser dueñas del espacio. Se oían mil rumores y palpitaciones que acusaban el pleno despertar de la tierra.

En el fondo de su garita el pe-

rro abrió los ojos. Se estiró, bostezó, se sacudió y salió del refugio.

Todos estos ruidos despertaron a María, la cual, incorporándose en su estrecha cama de doncella, dirigió una mirada al ventanal. Por sus rendijas se filtraban anchos y delgados rayos de luz, unos horizontales, otros verticales.

Debía de ser muy tarde. Lo menos las seis. ¡Vaya un modo de dormir!

María saltó de la cama y abrió los postigos. Entonces oyó un rui-

do en la puerta. Era un ruido bien conocido. El perro que llamaba a su amita arañando la madera.

Fué María a abrir y el can entró muy alborozado y no se detuvo hasta haber llegado al dormitorio.

María volvió también al cuarto. Se desesperó. Inmediatamente se desarrolló una escena de la que no quisiéramos perder detalle.

¡Lástima que María fuera tan ligera! ¡Lástima que sucediera todo en unos segundos!

María llevaba puesta aún la larga camisa de dormir y sabido es que esta prenda no sirve para llevar los vestidos encima. María, de acuerdo con esta opinión general, desabrochó los botones de la pechera, sacó rápidamente un brazo, después el otro y el camisón cayó a los pies.

El perro, que se había echado a unos pasos de donde estos hechos ocurrían, se irguió sobre las patas delanteras y abrió los ojos cuanto pudo y dilató las cavidades del olfato. ¿Qué cuadro de maravilla era aquel? ¿Qué perfume delicioso y virginal había lle-

gado en una oleada a su hocico? En su oscura conciencia canina apuntaron ideas y sentimientos imprecisos. Una cosa advertía claramente: su amita con camisón no era lo mismo que su amita sin él. La recia y larga prenda lo hacía todo igual y quitaba al cuerpo toda armonía. Entre su amita con camisón y un saco de paja había poca diferencia. En cambio, su amita sin camisón no podía compararse a nada de lo que él había visto hasta entonces.

Su amita así era una preciosa y blanca muñeca, fina y plétórica al mismo tiempo, y formada toda ella por un conjunto de curvas suavísimas que comenzaban en las piernas y terminaban en la deliciosa garganta.

La juventud virginal de aquel cuerpo tenía emanaciones de pureza y frescura y sus movimientos una suavidad y una delicadeza de cosa inmaterial.

Se dijo en seguida que su amita era mucho más hermosa de lo que había juzgado y de súbito algo extraordinario ocurrió en el fondo de su ser. Una sensación muy pa-

recida al rubor de las personas le produjo extraña inquietud y le impulsó a ocultarse con las orejas gachas debajo del lecho.

Todo esto ocurrió en mucho menos tiempo del que nosotros hemos empleado para relatarlo. Fué un instante, el tiempo preciso para que María cambiara la prenda más íntima; pero no hace falta más para que el lector comprenda el tesoro que ocultaban los vestidos de María.

Era nieta del tío Ducroz, dueño de la granja, y en su única compañía vivía desde que, años atrás, murieran sus padres.

El tío Ducroz estaba ya muy viejo y castigado por una vida de trabajo incansante. Nunca esperaba llegar al mes siguiente, y, en verdad, bastaba verle para comprender que sus temores eran fundados. Un día, una noche cualquiera, aquella vida ya agostada se apagaría para siempre.

A la sazón era María la que llevaba la casa y la granja. Ella cuidaba de los animales, ella atendía en el negocio, ella hacía

las faenas de la casa, ella atendía a su abuelo.

Y el fino cuerpo de María soportaba sin dificultad este excesivo trabajo. Y es que María, además de una linda muñeca, era una muñeca fuerte.

El lugar donde residía la joven granjera era Craylock, lindo pueblecito de Prestonia, la pequeña nación oprimida por la poderosa Mirvania.

Poco más de un minuto empleó María para vestirse y lavarse. Al mismo tiempo que se secaba, se dirigió a la puerta para ganar tiempo. Abrió. Los patos armaban una algarabía infernal y ahora se sumaba al concierto el cacarreo de las gallinas, el nervioso revoloteo de las palomas, el balido de las ovejas, el ronquido de los cerdos.

—¡Ah, glotonces!—se dijo María—. No puede retrasarse una un minuto. ¿Qué dirá quien les oiga? Creerá que llevan una semana sin probar bocado.

Y procedió en el acto a dar de comer a aquella especie de arca de Noé insurreccionada.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Todos los animales recibieron con el saludo de María la acostumbrada ración. Y de nuevo tuvo ocasión de comprobar la muchacha que la ingratitud humana se refleja también en los animales. A ninguno se le ocurrió responder a su saludo. En aquel momento sólo tuvieron corazón para la comida.

Al pasar cerca de las ovejas, se produjo entre ellas un movimiento de rebelión. Todas comenzaron a balar al mismo tiempo.

—¡Callad, callad, escandalosas! Antes de llevaros a pacer he de despertar al abuelo.

Y en rauda carrera llegó a la casa.

Penetró en el cuarto del abuelo. El abuelo dormía aún profundamente. Su espesa barba se mecía a impulso de la acompasada respiración. A pesar de su decrepitud, en la curva del pecho y en la anchura de sus hombros se advertía que en sus buenos tiempos había sido un mocetón robusto.

Al lado del viejo dormían dos hermosos gatos, uno pardo y otro negro. Como las niñas cuando reclaman la compañía de su muñeca

para dormir, el abuelo no podía conciliar el sueño si no tenía al lado los queridos gatos.

Y María no le negaba este inocente capricho y todas las noches le llevaba a la cama a sus amados amiguitos.

Quitó ahora los dos gatos de la cabecera y los depositó en el suelo.

Después pensó en la forma de despertar al abuelo agradablemente y en seguida se le ocurrió la fórmula.

Le zarandeó cariñosamente asiéndolo de un brazo y exclamó:

—¡Arriba, abuelo, arriba! ¿No sabes que hoy es día de fiesta en el pueblo?

En efecto, se celebraba aquel día la fiesta mayor del pueblo y el abuelo lo recordó al instante al despertar.

Para él era un grato día de evocaciones.

En seguida se dispuso a vestirse y María, entretanto, cogió otro gato que dormía a los pies del lecho.

Era éste el gato más hermoso y más *señor* de la granja. Blanco,

grueso, magnífico, perezoso y poseído de su valer.

Cuando María lo depositaba en el suelo, oyó un ruido y una algazara que recordaba de otros años.

Corrió a la ventana y vió que, en efecto, era el carro de la alegría, la farándula que acudía para ofrecer en aquel día memorable al pueblo "el mejor espectáculo del mundo, lo nunca visto, los ejercicios presenciados por todos los reyes y emperadores del planeta".

—¡La farándula, abuelo, la farándula!

Y con alegría infantil salió de la casa y corrió hasta el pequeño muro que marcaba el límite de la granja.

Al pasar, había tirado de una manzana que se ofrecía tentadoramente en el árbol y, comiéndosela, esperó a que pasaran los artistas peregrinos.

Estos se acercaban vestidos con sus mejores trajes y atronando el espacio con el anuncio de sus maravillas y la estridencia de sus tambores.

Un regocijo infantil invadió el alma de María, y la risa abría go-

zosamente sus labios, y sus blancos dientes se hundían en la jugosa y fresca manzana.

El delicioso espectáculo agradó a los artistas, los cuales saludaron alegremente.

Correspondió María.

Uno de los saltimbanquis, no contento con eso, le pidió la manzana y María se la arrojó después de darle un último mordisco.

Ya se perdía la alegre *roulotte* en la vuelta del camino y aun estaba María contemplándola, acordada sobre el pequeño muro.

De pronto, alguien le tapó los ojos. Eran unas manos rudas, fuertes y vellosas. María se revolvió y vio a Pedro Lebyn.

Pedro Lebyn era el hombre más rico del pueblo, pero toda su riqueza había sido insuficiente para desterrar su brutalidad.

En cuanto a su aspecto, era horrible. Su rostro era un conjunto de imperfecciones cada una de las cuales se bastaba por sí sola para hacer temblar al más pintado. Robusto, grandón y cargado de espaldas, era imposible contemplarle sin experimentar la sensación de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

que se estaba a merced de aquel monstruo, al que hubiera bastado un zarpazo para destruir una vida.

Pedro amaba a María y desde que se confesó este amor lo dió por conseguido. ¿Qué no podría conseguir él en aquel pueblo que era como suyo?

Sin embargo, María parecía opinar de modo muy distinto. Nadie, aparte de su abuelo, tenía sobre ella el menor ascendiente, y si alguien demostraba con hechos no estar convencido, María usaba de los "razonamientos" de sus puños.

Por eso Pedro tenía recibidos tantos bofetones de ella. Pedro se creía dueño de María, y María había de recurrir frecuentemente a demostrarle lo contrario.

Ahora mismo, al deshacer la tenaza de aquellas manos, volverse y ver que era Pedro Lebyn, le avisó una vez más.

—¡Las manos quietas! ¡Ni tú ni nadie tiene derecho a tomarse conmigo la menor libertad!

Pedro respondió con una cargada.

—¡Ah! ¿Sí?—añadió María—. ¿Lo tomas a risa? Pues bien; ahora, en castigo, no te permitiré que me acompañes a la fiesta.

Pedro volvió a reír y extrajo de entre sus ropas un paquete que entregó a la desdenosa pretendida.

—Toma. Para tí.

María cogió el paquete y lo contempló agradablemente sorprendida. ¿Qué sería? Le dió varias vueltas entre sus manos y al fin lo abrió.

Debajo del papel había una caja y dentro de la caja... ¡unos zapatos nuevos!

¡Qué lindos eran! Flamantes, de charol y con una preciosa hebilla.

Un súbito regocijo la impulsó a saltar y a bailar.

Pedro le quitó los zapatos, la condujo a una piedra, donde la hizo sentar, y se los puso.

Ella se los contempló, cada vez más contenta. Así, puestos, parecían todavía más bonitos.

—Lebyn no es tan malo como parece. ¿verdad, pequeña?—preguntó Pedro.

María, en un arrebato de alegría y de gratitud, se puso en pie de un salto, cogió por los brazos a Pedro y comenzó a danzar locamente.

Pedro se dejó llevar de muy buen grado. Tendió las manos a la cintura de la muchacha y siguió bailando sujetándola de esta forma. Después deslizó las manos hasta la espalda de modo que María quedaba entre sus brazos.

Ella no tenía la menor sospecha de lo que ocurría en el alma de Pedro. Sólo pensaba en sus zapatos y sólo tenía corazón para sentir la alegría que le producía el regalo, el cual podría ser lucido aquel mismo día, en la fiesta mayor del pueblo.

Pero he aquí que de pronto levantó los ojos y vió fijos en ella los de Pedro. ¿Qué había en aquella mirada de Lebyn? Había un extraño brillo de codicia. Pero, ¿codicia de qué? Había una ansiedad, una emoción profunda que le hacía temblar. Pero, ¿ansiedad de qué? ¿Por qué temblaba Lebyn?

Para su alma virginal estas preguntas no tenían respuesta. Pero

era lo cierto que Pedro continuaba mirándola y que aquella mirada le producía una inquietud, también injustificada e inexplicable como la mirada de Pedro, pero inquietud al fin.

Era el instinto. Así como esos seres inferiores, de alma dudosa y conciencia rudimentaria, como el lobo o la hormiga, por ejemplo, saben, sin comprender y sin previas experiencias, dónde está el peligro, qué otro ser es su enemigo y todo, en fin, lo que han de hacer para que su vida sea posible, así pudo saber María que aquella mirada era una amenaza para ella. Era un instinto, pero un instinto muy fino y delicado, un instinto tan exquisito como la femineidad y tan bello como la doncellez.

Y Pedro continuaba mirándola, y sus brazos se estrechaban cada vez más en torno a su cuerpo.

La inquietud de María llegó a convertirse en terror. Aquella mirada y aquella ansiedad estaban profanando su limpia frente con pensamientos que ella no había tenido jamás.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Se desprendió de Pedro en una convulsión desesperada y él volvió a lanzar una de sus brutales carcajadas para decirle:

—Hacemos buena pareja, María. Tú eres la más bonita del pueblo. Yo, el más feo.

Corrió María hacia la casa y entró y cerró la puerta con el nerviosismo del que huye de un peligro de muerte.

Al llegar al cuarto de su abuelo, vió que éste se había levantado ya y que estaba junto a la ventana.

Aun miraba a través de los cristales. María no necesitó preguntarle nada para comprender que había presenciado toda la escena

que se desarrollara entre ella y Lebyn.

Y se ratificó en esta sospecha cuando el abuelo, guiñándole un ojo, le dijo:

—Veo que no pierdes el tiempo. Lebyn es el granjero más rico del pueblo.

María se irguió con altivez.

—¿Qué me importa a mí la riqueza? Cuando yo me case, será por amor, no por dinero.

El abuelo tuvo un gesto de escepticismo. Amor... amor... ¡Pobre niña! ¿Qué sabía ella del mundo? El amor servía para soñar, pero no se vive de ensueños. Amor... amor... ¡Pobre e inocente criatura!

* * *

El estrépito de un auto militar llenó de súbito las tranquilas calles de Craylock.

Dentro de él iban varios soldados. El auto se detenía de trecho en trecho, bajaba un soldado y fijaba un cartel. La operación era

presenciada por toda la gente menuda del pueblo que, entusiasmada a la vista de los gallardos uniformes, se sentía guerrera y seguía al automóvil en perfecta formación y marcando el paso.

Pedro fué uno de los primeros

que leyó el cartel al salir de la granja y dirigirse a la hostería, donde acostumbraba pasar la mayor parte de la jornada.

Se cruzó con el automóvil y vio cómo pegaban el cartel. Como le venía de paso, no le costó trabajo ninguno detenerse y leer:

COMANDANCIA DEL EJÉRCITO
DE MIRVANIA

AVISO AL PUEBLO
DE CRAYLOCK

El escuadrón de caballería 17.º, bajo el mando del primer teniente conde de Orlano, se alojará en el pueblo durante la semana de maniobras. A todos los habitantes se les encarece cumplir con las leyes de la hospitalidad.

Pedro se encogió de hombros y reanudó su camino. No era la primera vez que se fijaba un bando de aquella clase en el pueblo. En toda Prestonia se daban continuamente estos casos, pues Mirvania no desperdiciaba ocasión de demostrar a sus oprimidos que te-

nia en sus manos la fuerza incontrarrestable de un ejército heroico y bien disciplinado.

Cuando llegó a la posada, un extraño cuadro le detuvo. Las mozas y la mujer del posadero y el posadero mismo rodeaban a un joven vestido de uniforme que les hablaba con exagerados ademanes y entonación de rey.

—Va usted a tener el honor—decía dirigiéndose al posadero—de dar albergue en su posada al teniente de Orlano, que llegará dentro de una hora. Yo soy su asistente.

No conocía el posadero al teniente de Orlano, pero bastaba que fuera un jefe del ejército de Mirvania para merecerle un temeroso respeto.

Por eso asintió con reverencia.

—Nos consideraremos muy honrados—dijo.

—Muy honrados—repitió la mujer.

—Disponga para mí teniente la mejor habitación de la posada. La mejor entre las mejores. A mi teniente le gusta lo mejor de lo mejor.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Si quiere usted verla, la habitación principal está libre.

—¿Cómo verla! Necesito prepararla y disponerlo todo en el acto. ¿No le he dicho que mi teniente llega dentro de una hora? ¡Pronto, a ver esa habitación!

Una moza se apoderó de parte del equipaje y el posadero se dirigió a la escalera, invitando al asistente a subir con él.

El asistente le siguió, pero tan ciego iba con la preocupación de que su jefe sólo tardaría una hora en llegar, que tropezó con otra moza de la posada, la más guapa por cierto.

¡Caramba con la sirvienta! ¡A fe que era hermosa! Le dirigió una sonrisa llena de picardía, le guiñó un ojo y llamó al posadero.

—Una cosa quiero que tengáis bien presente—le dijo sin dejar de mirar a la moza—, y es que a mi teniente le gusta lo mejor de lo mejor.

Y siguió al posadero.

Pedro Lebyn no había perdido detalle de la escena. Desde la puerta de la posada, lo había visto y oído todo. Las últimas pala-

bras del asistente le llamaron la atención y entró en el comedor de la posada pensando en ellas.

Todos los presentes, mujeres y hombres estaban atentos a lo que acababa de ocurrir y seguían al asistente con la mirada; pero al entrar Lebyn, las miradas se concentraron en él. Muy distinguido podía ser el teniente de Orzano, pero Lebyn era más poderoso, y mientras él estuviera en el pueblo, nadie le podría arrebatar la supremacía.

Los hombres le saludaron respetuosamente, las mozas le rodearon.

—¿Habéis oído?—preguntó a estas últimas Lebyn mientras se sentaba en un sillón—. Al teniente le gusta lo mejor de lo mejor. ¡Lo mismo que a mí!

Y se bebió el vaso de vino que en seguida habían puesto en su mano.

El asistente estaba ya en la habitación. La encontró aceptable y procedió en el acto a abrir las maletas.

Ante los asombrados ojos del posadero y de la moza que había

ayudado a transportar el equipaje, el asistente comenzó por sacar una guerrera y una goma, que hinchó soplando por un canuto.

La goma, al hincharse, adquirió la forma de un maniquí y entonces el asistente ajustó a la goma la guerrera y la cepilló y repasó los botones, y la miró y remiró por si hallaba en ella la sombra de una mancha.

No encontró mancha, pero sí otra cosa que le hizo sonreír con picardía. Era un cabello, un cabello de mujer.

Lo cogió con dos dedos, lo contempló y dijo moviendo la cabeza a un lado y a otro:

—¡Lo de siempre! Las mujeres enloquecen por él y dejan sus huellas en su ropa.

Después sacó y cepilló la demás ropa, colocándolo todo en los armarios.

Finalmente, extrajo del fondo de una maleta un puñado de retratos de mujeres y los fué colgando por la pared, dando a cada uno el puesto que le correspondía, según la importancia de la imagen o de la aventura de que había sido protagonista.

Echó una última mirada general, y considerando que no faltaba nada, se sentó a esperar a su teniente, a su magnífico teniente Fernando de Orlando.

—Ya lo sabe usted—dijo por última vez al posadero—. A mi teniente le gusta lo mejor de lo mejor.

II

El camino era estrecho para el escuadrón del teniente de Orlano. Todos los soldados eran buenos mozos. Todos llevaban flamantes uniformes y lanzas brillantes que reverberaban al resplandor solar de la mañana.

Delante iba el teniente Orlano. Tenía la arrogancia fácil y natural del aristócrata. Bastaba un gesto insignificante para que varios de sus soldados se dispusieran a obedecerle aunque se tratara de la empresa más peligrosa. Era joven y gentilísimo. Aun en los arrogantes gestos de mando había un algo de delicadeza y de exquisita cortesía. Viéndolo era imposible dudar de las palabras de su asistente: "Las mujeres enloquecen por él."

A su lado iba Haller, su ayudante y suboficial, y un poco más atrás, el sargento, hombre voluminoso y de cara hostil, en el que se presentía la tiranía de quien no puede mandar.

En aquel momento salía María de la granja con sus ovejas para llevarlas a pacer.

Como todos los días, comenzó la desesperante lucha para conducir las al prado. Cuando una se decidía a salir, la otra entraba; cuando ésta iba hacia la izquierda, aquélla hacia la derecha. María acababa por desesperarse y les dirigía toda clase de improperios. ¡La culpa era de ella por tenerlas tan malcriadas! Si se armara de un buen palo como era costumbre entre la mayoría de los pastores y

la emprendiera a golpes con ellas cuando se ponían tan pesadas, aquello se terminaría para siempre. Eran unas malcriadas y unas desagradecidas. ¡Después que las llevaba al prado para que pacieran la hierba verde que tanto les gustaba, ellas se burlaban de su bondad y no desperdiciaban ocasión de darle un disgusto.

Y mientras pronunciaba estas largas amonestaciones empujaba a las ovejas con las manos o las azuzaba con la falda. De vez en cuando le daba un cachete a una. Era a todo lo que se atrevía su delicado corazón.

Aquella mañana estaban más rebeldes que de costumbre. Solamente el hacerlas salir de la granja le costó un triunfo. Y ya estaban en la carretera cuando vió venir el brillante escuadrón.

¡Dios santo! ¿Qué iba a suceder? Los caballos las aplastarían. Y desesperadamente comenzó a hacer esfuerzos para dejar el camino libre.

Pero las ovejas parecían haberse puesto de acuerdo para sacarla de sus casillas y no había

medio humano de disolver el grupo que se había formado en medio de la carretera.

Y cuando el escuadrón llegó hubo de detenerse.

El sargento de semblante hostil y abultado vientre se acercó a la apurada pastora para decirle con despotismo:

—¡Deja libre el paso, muchacha! ¿No ves que está esperando el teniente?

El tono autoritario exasperó a María.

—¡Que espere! ¿Acaso tengo yo algo que ver con su teniente?

El teniente rió de buena gana.

—Dices bien, muchacha. Yo sí que quisiera tener que ver algo contigo.

Entretanto, el sargento azuzó con la lanza a una de las ovejas y María, revolviéndose, se fué hacia él con los puños cerrados.

—Si hace usted el menor daño a mis ovejas, se acordará de mí.

—El teniente ha de pasar. No podemos perder el tiempo.

—También han de pasar las ovejas y ustedes me lo impiden.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Nosotros no podemos esperar.

—¡Pues váyanse al diablo!

El teniente Orzano, que miraba a la muchacha con creciente curiosidad y que parecía muy divertido por la escena, aprovechando la circunstancia de que María le daba la espalda, hizo un gesto significativo a uno de sus soldados.

Este, comprendiendo al punto la orden, tendió sigilosamente la lanza hacia los pies de la joven y levantó sus faldas cuanto pudo.

María, al notarlo, se revolvió iracunda.

—¡Muy bien... muy bonito! ¿Es así cómo se trata a una pobre muchacha indefensa?

El teniente, con hipocresía, se volvió hacia su ayudante y le dijo:

—La muchacha tiene razón, Haller. Repréndala a sus hombres.

Pero María se encaró con él y replicó:

—¡Repréndase usted a sí mismo porque es el peor de todos!

—No lo creas, muchacha—repuso el oficial con tono sincero—. Ya me juzgarás mejor si, por for-

tuna para mí, llegas a conocerme bien.

Había algo en estas palabras que impidió a María continuar en su actitud de enemistad. El teniente Orzano había hablado con una cortesía irresistible. Era imposible no sentir confianza ante aquel tono tan sincero y reverente, tan hidalgo y exquisito.

Y, al mismo tiempo, ¡la había mirado de un modo tan conmovedor!

No acertó María a hacer otra cosa que sonreír y empujar hacia la granja las pocas ovejas que quedaban en el camino, pues en la granja habían entrado las otras.

Ya no volvió a salir. Se dio cuenta de súbito de que algo extraño acababa de ocurrir en su alma y con inexplicable alborozo sintió necesidad de correr hacia la casa y esconderse.

¿Qué nuevas cosas, qué sentimientos no soñados habían despertado en su pecho los recientes e insignificantes sucesos?

¡Oh aquellos uniformes, aquella arrogancia, aquellos hombres tan distintos a los que acostum-

braba ver en el pueblo!... Y, sobre todo, ¡qué maravilloso atractivo el del gallardo teniente! Las palabras más sencillas adquirían gran trascendencia pronunciadas por sus labios. ¡Qué urbanidad, qué gentileza... hasta en la burla!

Oyó de súbito el resonar metálico de la corneta dando la orden de marcha y corrió hacia la ventana.

También ahora estaba allí el abuelo.

A través de los cristales, los vió alejarse hacia la plaza Mayor; y tan absorta estaba en la contemplación, que se olvidó incluso de que a su lado estaba el abuelo.

Este la contemplaba con gesto de desagrado.

Y advirtiendo que el entusiasmo de María iba en aumento, dejó caer el visillo que la muchacha había levantado, volviéndola así a la realidad, y le dijo filosóficamente:

—Los soldados hacen malos maridos, hija mía. Como están acostumbrados a pelear, cuando no están en la guerra pelean en casa.

—A pesar de eso, yo preferiría casarme con un soldado que con un granjero—repuso María, incapaz de callar en aquel instante lo que le dictaba el corazón.

—¡Malo, malo!—pensó el abuelo—. Esta nieta mía no se muestra ahora muy razonable.

Y para poner fin al enojoso asunto, se sentó en un sillón y dijo a María:

—Arrégrame la barba. Hoy es día de gala para todo el pueblo.

Era una tarea que hacía María desde mucho tiempo atrás. El abuelo prefería las inexpertas pero suaves manos de su nieta, a las técnicas pero duras del barbero.

María cogió el pequeño espejo que usaba siempre para este menester y se lo fué a entregar al abuelo, como de costumbre.

Pero esta vez no podían amoldarse las cosas a la costumbre. El alma de María no estaba como siempre. Había apuntado en ella una transformación que acabaría de realizarse cuando se aclararan aquellos misteriosos florecimientos que en su alma habían tenido lugar.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Uno de estos nuevos e inexplicables sentimientos la movió a coger con ambas manos el espejo que el tío Ducroz esperaba y a contemplarse en él con interés profundo.

Una a una fué detallando y estudiando sus facciones. Después expresiones y gestos. Todo mereció su aprobación y se sintió muy satisfecha, pues experimentaba de súbito el deseo de ser hermosa.

Después quedó mirándose fijamente a sí misma, y fragmentos de ideas, fugaces e incompletas reconstituciones de los sucesos recientes pasaron por su pensamiento sumiéndola en una especie de fascinación.

—¡Vamos! ¿Qué haces?—exclamó el abuelo.

Volvió a la realidad María y le entregó el espejo y fué en busca de las tijeras.

—Mucho ojo, ¿eh?—indicó el abuelo, advirtiéndole que María no estaba en aquel instante para hacer una obra de arte, ni mucho menos.

María procedió en primer lu-

gar a cortar las puntas del lado derecho de la barba. Había hecho un esfuerzo por prestar atención y la barba quedó por aquel lado redonda y perfecta.

—¡Bien!—se decía muy satisfecho el tío Ducroz—. No esperaba yo que mi nieta tuviera esta mañana tanto pulso.

Y María procedió a arreglar la parte de abajo.

—¡Magnífico!—siguió pensando el abuelo.

Y, finalmente, se dispuso la joven a arreglar la parte izquierda.

En este preciso instante la corneta del escuadrón volvió a sonar triunfalmente y la mano de María sufrió las consecuencias.

Un movimiento falso, una convulsión, y por pronto que el abuelo pudo darse cuenta, las tijeras se le habían llevado media barba.

—¡No hay remedio, no hay remedio a la desgracia!—exclamó el tío Ducroz—. Mi nieta ha perdido definitivamente el juicio.

Y añadió amargamente:

—Habré de ir al barbero.



Entretanto, el teniente Orlandano había correspondido a distancia a los pensamientos de María.

Cuando la muchacha había huido hacia la casa dejándole plantado, él la siguió con la mirada, poseído de un sentimiento de curiosidad y también de complacencia.

Cien mujeres de alma distinta habían pasado por su corazón con fugacidad de cometas y tuvo mil aventuras fáciles, de una hora. Pero entre todas aquellas mujeres no hubo ninguna que se pareciera ni remotamente a la singular granjera.

El tipo de muchacha bucólica faltaba en su galería de retratos. Por otra parte, el alma de aquella criatura se le mostraba muy distinta a la de todas las mujeres que conociera. ¿Superior acaso? No lo podía precisar. Lo cierto era que la conquista de aquel corazón se le presentaba mucho

más difícil que el de los múltiples corazones que tuvo a su merced desde que la vida le llamara por el camino del amor.

Dió al corneta la orden de marcha y dijo a su ayudante:

—Hay que domar a esa fierrecilla. Quizá sea esta una semana amena, después de todo.

Al llegar a la plaza Mayor la corneta volvió a dejarse oír. Y otra vez el teniente Orlandano, aunque ignoraba que en aquel momento el viejo Ducroz acababa de perder un trozo de barba por su culpa, dedicó a María un pensamiento.

Los soldados se dispersaron y el teniente, acompañado de Haller, se dirigió a la hostería.

Al verle entrar, el posadero y su esposa fueron a su encuentro y le dedicaron toda clase de reverencias y atenciones.

—Por aquí, teniente Orlandano. Todo está dispuesto. Os hemos

destinado la mejor habitación de la posada.

Todos miraban al gallardo militar. Hasta Pedro, que en aquel momento estaba acompañado de la moza más guapa de la hostería, se sintió atraído por la gentil figura y la contempló e hizo deducciones.

A fe que era arrogante el tenientillo. Mucha autoridad y poder había de tener él sobre el pueblo, para no salir malparado en la competencia. Sus armas eran el dinero y la bravuconería. Buenas armas en verdad. Pero, ¿cuáles eran las del teniente? La gentileza, la gallardía, la aristocracia, la juventud, la autoridad y su aureola de seductor. Demasiadas armas para cruzarse con las dos suyas. Temía que a la desproporcionada lucha siguiera el primer fracaso de Pedro Lebyn, jamás combatido ni derrotado.

Una mirada de anticipado odio enviaba al teniente un mensaje de rivalidad; pero el teniente no dió muestras de haber reparado en él. Sólo se fijó en la muchacha que le

acompañaba y la cual le sonreía ya rendidamente.

En aquel momento el posadero le ofrecía algo de beber. Después del largo camino le sentaría bien un jarro de cerveza o un vaso de buen vino de España. El teniente podía pedir lo que quisiera. Allí estaban todos para servirle.

—Si—repuso el oficial sin quitar ojo de la moza que estaba con Pedro— Mándame lo que quieras... pero que me lo suba aquella moza.

Y se dirigió a su aposento sin más comentarios.

La moza que estaba con Pedro dió un salto de alegría. Corrió al mostrador a coger el vaso y el jarro que ya le había preparado el posadero y se dirigió hacia la escalera por donde acababa de subir el teniente.

Pedro la llamó iracundo. ¿Qué significaba aquello? ¿Cómo se atrevía a dejar plantado nada menos que a Pedro Lebyn?

Pero la moza no le oía. Iba por un camino de ilusión al que difícilmente llegan las voces humanas.

Pedro se volvió para mirar lo que sucedía detrás de él. Le había parecido oír contenidas risas de burla.

Pero el grupo de campesinos al cual dirigió la mirada estaba muy serio. Nadie parecía fijarse en él.

Sin embargo, cuando Pedro les volvió la espalda se echaron otra vez a reír, pues es el caso que las sospechas de Lebyn eran ciertas.

Cuando la moza entró en el aposento del teniente, le compla-

ció comprobar que el asistente no se hallaba allí.

Y se fué hacia el oficial, segura de lo que había de suceder.

En efecto, el teniente Orlano la miró fijamente mientras ella dejaba el servicio sobre la mesa.

Después la cogió de una mano, la atrajo hacia sí y le dió un beso... un beso que la humilde moza de la hostería no olvidaría jamás.

III

Era la tarde del glorioso día. María, con los zapatos nuevos y sus mejores galas, se había dejado acompañar por Pedro a la plaza Mayor, la cual rebosaba de una alegre multitud. Cantos y gritos, risas y voces. Aquella tarde todo el mundo era joven en el pueblo.

Los soldados se felicitaban de haber llegado al pueblo con tanta oportunidad.

Cada uno tenía ya buscada su pareja y se disponía a olvidarse por un día de las maniobras.

El teniente les había dado permiso. ¿Por hacerles un bien? Y por hacérselo a sí mismo. Las cosas en su punto. También al teniente le gustaban las fiestas pue-

blerinas y a-buen seguro que tendría ya buscada la pareja...

Sin embargo, se equivocaban los que pensaran tan lógicamente. Al teniente, verdad es, le gustaban las fiestas de aldea, pero no tenía la pareja buscada.

Estaba en su habitación acicalándose y hablando al mismo tiempo con Haller, el suboficial.

No tenía plan fijo. Ya vería lo que hacía. Estas cosas cuando salen mejor es cuando no se piensan.

Por la abierta ventana penetraba el rumor de la multitud congregada en la plaza Mayor y le complacía escuchar esta jubilosa música humana, compuesta por la juventud y la alegría.

De pronto sonó una música, y

el teniente Orlano, que ya había terminado de componerse, se asomó a la ventana llevado de un movimiento de curiosidad.

El cuadro que se ofreció a sus ojos no podía ser más tentador. Habían comenzado las danzas típicas de Prestonia y los mozos y las mozas formaban una doble fila en medio de la plaza.

En la fila de los hombres, distinguió a la mayoría de sus soldados, y aunque la ventana estaba bastante lejos del lugar del baile, le pareció advertir que eran los que más alegría demostraban y los que armaban más ruido.

Las dos filas avanzaron de pronto hasta fundirse y cada mozo formó pareja con la moza que tenía enfrente. Siguieron unas evoluciones y después retrocedieron mozos y mozas formando nuevamente las dos filas.

Avanzaron de nuevo y otra vez evolucionaron para volverse a separar.

La danza tenía poca variedad, pero los bailarines sabían hacerla divertidísima con sus risas y sus gritos.

De pronto le pareció al teniente columbrar un rostro conocido. ¿No era aquella la gentil pastora con que se había tropezado al entrar al pueblo?

Requirió los prismáticos y en seguida se cercioró de que, en efecto, aquella era la linda muchacha que de tan divertido modo se había comportado con él en las primeras horas de la mañana.

De otra cosa se convenció. Vestida así, con sus mejores galas, la belleza de la joven ganaba mucho.

Todo en ella tenía un sello de personal perfección. El había visto mil piernas impecables, pero las de María tenían un algo superior que hacía imposible las comparaciones. Cuerpos había visto que eran verdaderas estatuas, pero el de María, con poseer también una estatuaria perfección, no podía compararse a los otros. Además de superior era único.

Y aun siguió haciendo observaciones y estudiando por separado los encantos de María.

Le pareció que formaba pareja con aquel cacique que llamaban Pedro Lebyn y se dijo que era un

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

crimen que aquella flor campesina se entregara a las rudas manos de un monstruoso patán.

El final de esta contemplación y de estas reflexiones fué que dió los últimos toques a su persona y dijo a Haller con una sonrisa intencionada:

—Si no vuelvo, querido Haller, búsqume usted entre las ovejas. Hoy me ha dado por lo pastoril.

Y salió dominado por una idea y un deseo que se dispuso a cumplir en el acto.

Llegó a la plaza y, abriéndose paso entre la multitud, se aproximó a la doble fila de bailarines. Se situó detrás de los mozos y esperó a que María le viera. Y cuando le vió y dejó entrever la agradable impresión que le producía su presencia, el teniente Orlandino no pensó más.

Al lado de Pedro había un soldado y lo quitó de la fila y ocupó su puesto. Así, quedaba casi enfrente de María. Un pequeño desvío y la tomaría por pareja dejando a Lebyn burlado.

Todo en la joven le decía que se adaptaría al juego en cuanto lo

iniciara él. María le miraba con resplandeciente ingenuidad y parecía haber olvidado a Pedro completamente.

Por consiguiente, no vaciló en llevar adelante sus atrevidos propósitos.

Cuando las filas se acercaron para fundirse, Orlandino se dirigió rectamente hacia María y se apoderó de ella. La joven, lejos de protestar, se había prestado al juego al verle venir y se dejó asir rendidamente por las aristocráticas manos.

Pedro estaba tan sorprendido y furioso, que no sabía qué determinación tomar. Al ver que María se desviaba hacia el teniente, su vecina, una señora que pesaría sus buenos noventa kilos, se dirigió hacia Pedro y le obligó a tomarla por pareja.

Lebyn advirtió la doble burla. No sólo le arrebataban la pareja que él quería, sino que le caía en suerte una matrona de noventa kilos y cuarenta años.

La gente, en su mayoría, rió de buena gana. Pero Pedro no reparó en las burlas. Sólo tenía ojos

para María y para el teniente Orlano.

Se persuadió de que María le había olvidado completamente. No necesitaba sino ver de qué modo hablaba con el teniente y le miraba durante el baile.

Aquel demonio de hombre debía de ser hipnotizador. ¡Una muchacha tan pura como María dejarse seducir tan fácilmente!

Y la gentil granjera, indiferente a lo que pudiera suceder en el alma de Pedro, indiferente a todo cuanto la rodeaba, se dejaba llevar como una pluma por aquellas manos tan suaves pero tan fuertes.

El teniente Orlano observaba complacido que se acercaba el fin de la danza. Entonces pondría una rodilla en el suelo y recibiría en la otra el cuerpo frágil de la deliciosa granjera. Así lo requería la danza.

Y el momento llegó. Arrodillóse el teniente Orlano y María sentóse sobre la otra rodilla. Todas las parejas habían realizado unánimemente el grato ejercicio y la mayoría de ellas lo prolongaban

placenteramente, pero a buen seguro que en ninguna hubo un movimiento de emoción tan profundo como en el grupo formado por María y el arrogante oficial.

De pronto, estalló una carcajada unánime que les hizo volver a la realidad. Miraron hacia el lugar donde más ruidosas eran las carcajadas y vieron que la voluminosa pareja de Pedro Lebyn estaba en el suelo y que él la miraba como deseándole una muerte fulminante.

Comprendieron en seguida lo que había ocurrido. Era que al sentarse la fenomenal señora sobre la rodilla de Pedro, ésta no había tenido bastante resistencia para soportar aquella mole y la mole había perdido el equilibrio.

Esto aumentó el furor de Lebyn hasta el punto de que trató de alejarse de su esférica pareja, pero ella, que sabía que Pedro era tan rico como feo, y que hacía mucho tiempo que deseaba encontrarse a solas con él, no lo consintió en modo alguno.

¡Si no le había pasado nada!
¡No se había hecho daño ningun-

no! Además, aunque se lo hubiera hecho, ella le perdonaba gustosamente. Y para reforzar los argumentos, le cogió del brazo, dispuesta a no soltarlo como no le cortaran a ella el suyo.

Entretanto, el oficial y María se habían dirigido al bufet que se había montado en la plaza para la fiesta. También allí se agolpaba la multitud, formada especialmente por parejas que buscaban aquella ocasión de cruzar algunas ternezas lejos de la fiscalización familiar, pues los viejos se quedaban sentados en la plaza.

Pidió el oficial dos refrescos y entregó uno a María. Ella tenía sed y dió en seguida un sorbo. Entonces el oficial hizo lo mismo y, deteniendo a María cuando de nuevo iba a beber, cambió los vasos.

Agradeció la joven íntimamente la fineza y observó complacida cómo el oficial buscaba el punto donde se habían posado sus labios y bebía con fruición.

Después le dirigió Orlano una mirada intensa, una mirada que decía mucho y que decía cosas pa-

ra María desconcertantes. No era, sin embargo, una mirada de codicia y concupiscencia como la que Pedro le dirigiera aquella mañana, sino que había en ella algo suavísimo y delicado, que acaso en el fondo demandara lo mismo, pero de forma muy diferente.

En un segundo de lucidez, comprendió María que debía hacer frente a aquella mirada, por dulce que le pareciera, y acertó a retroceder prudentemente y a cambiar su vaso por el del oficial, sin haber bebido donde había bebido él.

Obscurosamente, le ofreció él unas pastas y ella aceptó la inocente ofrenda. Se llevó una a la boca, y ya la iba a morder, cuando le llamó la atención lo que sucedía a unos pasos de ella, y miró lo que le interesaba, reteniendo la galleta entre los labios.

Era una pareja que se besaba en un rincón. Volvió la vista hacia el oficial y advirtió que también él había hecho un descubrimiento semejante. Y siguieron mirando en torno de ellos y notaron que el

mal se había contagiado rápidamente y que apenas había una pareja que no se demostrara su cariño por aquel sistema tan convincente.

La miró con más intensidad Orlando y pareció como si con los ojos la invitara a no ser una excepción en aquel ambiente de amor y delicias; pero María, siempre prudente, respondió con otra mirada que era una negativa.

Se vió bien claramente la contradicción que esta determinación producía en el teniente Orlando; pero se vió también que se resignaba en un movimiento de cortesía, de aquella cortesía que no se separaba de él ni en los momentos de mayor perturbación espiritual.

Sin embargo, en seguida halló otro medio de obtener algo de María. La galleta estaba aún entre sus labios y ella la mordisqueaba distraídamente.

—Dame un poco de esa galleta—suplicó él.

Y al mismo tiempo, se inclinaba para morder la parte que sobresalía de la boca de ella.

Y también María esta vez tuvo

voluntad suficiente para hacer un *désaire* que le dolía tanto como pudiera dolerle al oficial.

Les distrajo otra escena semejante que se desarrolló al otro extremo del bufet.

Allí estaban Pedro y su terrible pareja. Lo habían visto todo sin duda, pues ella quiso imitar a María y mordió una galleta y se la ofreció con la boca a Lebyn.

Pero éste, que ya estaba harto del estafermo y que se abrasaba de indignación a raíz de lo que acababa de suceder entre María y el oficial, la alejó de sí de un empujón y salió del bufet.

Entretanto, las comadres del pueblo, que en aquel momento estaban reunidas con el cura, hacían agrios comentarios acerca de la conducta de María.

—¿Habéis visto? El oficial se ha llevado a María y ha dejado a Pedro con dos palmos de narices.

—¡Es espantoso!—replicó la más vieja—. Reina una inmoralidad aterradora. Ya no se da importancia a nada. Los hombres y las mujeres se cogen de la mano

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

sin ser nada más que novios. ¡Y que pare ahí la cosa!

—Es la inconsciencia de los pocos años—dijo una tercera—. Van al peligro sin saber adónde van. Esta loca de María no se da cuenta de que está a punto de caer en el lodo. Y caerá. ¡Vaya si caerá!

Pero el padre cura intervino conciliador:

—No hay nada que temer. Nuestra María es lo bastante fuerte para resistir a todas las tentaciones.

Pero, en el fondo, también el padre cura experimentaba cierta inquietud que rechazaba porque lo contrario hubiera equivalido a ofender a María.

Entretanto, el oficial, que deseaba ardientemente hallarse a solas con María, logró conducirla, distrayéndola con su absorbente charla, al jardín de la posada, donde además de la soledad, reinaba una paz infinita.

La tarde se iba y el sol se moría en occidente. Pronto estuvo todo sumido en una suave penumbra de humareda, mucho más den-

sa allí, al fundirse con el verde sombrío del follaje.

No se daba María exacta cuenta del lugar en que se hallaba, pero una frase demasiado rendida e insinuante del oficial, la hizo mirar instintivamente a su alrededor y entonces vió la soledad y el ambiente peligrosamente propicio al amor que la rodeaba.

El teniente Orlano había dicho simplemente:

—¡Qué hermosa eres, María!

Y aunque las palabras habían sido breves y prudentes, María comprendió por el tono hasta dónde llegaba el pensamiento del oficial.

Y fué entonces cuando miró a su alrededor y vió que la paz, y la penumbra, y la palpitación dulcemente venenosa del jardín la rodeaba.

Y tuvo miedo.

Y sintió la necesidad de poner un obstáculo entre ella y aquel hombre, cuyas palabras y cuyas miradas se le iban filtrando en el corazón como caricias enloquecedoras a las que comprendía que acabaría por rendirse.

El azar quiso favorecerla. Cerca de ella, a sus espaldas, había una pequeña valla tras la que María se escondió después de cerrar la puertecilla, antes abierta.

Pero al cerrarla, su mano quedó sobre ella y el teniente, con rapidez, respondiendo a un pensamiento súbito, se inclinó para besarla.

Pudo evitar María el beso, pero sintió como si un calofrío de locura y placer recorriera todo su cuerpo, partiendo de aquella parte de la mano donde había notado el aliento del oficial.

Y a punto estuvo de dejar la mano allí para que aquello tan hermoso se repitiera.

Pero una vez más logró reaccionar y retrocedió y dirigió al teniente una mirada de reproche que no sentía.

El abrió la puerta, se acercó a ella y le dijo condolido:

—En serio, María. Eres la mujer más encantadora que he conocido.

Y había en aquellas palabras una respetuosa sinceridad que ella agradeció en el alma.

Pero siempre el fantasma del instintivo temor surgía para turbar aquellas delicias.

Más de una vez había estado María a punto de dejarse amar francamente y amar ella también con todo el ímpetu de su purísimo corazón, pero otras tantas aquella voz que no era voz, la detenía cuando ya estaba al borde... ¿del infierno?... ¿o de la gloria!

Lo mismo sucedió ahora y, viéndose perdida, corrió hacia la verja e intentó salir.

Pero él lo impidió todavía.

—No seas cruel, María. ¡Quiéreme un poco! Nada más que un poco... ¡Es tan corta una semana!

¡Oh, ya no podía más! Si quería salvar su dignidad y su honor habría de huir.

Y él, adivinando su intención, estrechó el cerco. Le dirigió una mirada tan llena de amor, que María quedó prendida en ella. No podía libertarse. No quería libertarse. Y el oficial la cogió con ambas manos, la atrajo hacia sí y le dió un beso.

Tan fuerte fué la emoción, que María volvió al punto a la realidad y replicó instantáneamente con una bofetada.

Y en seguida salió y cerró la verja de golpe.

Se oyó un grito. María se detuvo. Vió que el oficial sacudía la mano con un gesto de dolor. La joven comprendió que le había cogido los dedos con la verja, porque le vió tender el brazo en el

momento en que ella cerraba. Sin embargo, no volvió a auxiliarle. Mucho le dolía haberle causado el daño, pero siguió alejándose, a pesar de que el teniente exageraba cada vez más las demostraciones de dolor.

Y siguió alejándose, alejándose, con su amor, con su protesta por aquel amor y con la pena de no haber podido auxiliar a su amado herido.



...y sus blancos dientes se hundían en la jugosa y fresca manzana.



-Ni tú ni nadie tiene derecho a tomarse conmigo la menor libertad.



- ¡Habéis oído? Al teniente le gusta lo mejor de lo mejor. Lo mismo que a mí.



El asistente hinchó la goma y ajustó a ella la guerrera.



¿Qué sentimientos no soñados habían despertado en su pecho?



-Los soldados no son buenos maridos.



—En serio, María.
Eres la mujer más encan-
tadora que he conocido.

—No vuelvas a reunir-
te con ese oficial.



IV

Una sombra surgió ante ella. Se sobresaltó. Era Pedro. Pedro que la miraba fijamente.

En aquella penumbra y con los ojos relampagueantes de ira, su aspecto infundía pavor.

Pero Maria no se acobardaba tan fácilmente.

—¿Qué quieres?

—Te he de hacer una advertencia.

—Estas no son horas, ni éste es sitio de hacer advertencias.

—Este no es sitio de hablar, ya lo sé. Sin embargo, no era mucho mejor el que has escogido tú para hablar con el oficial.

—Ni yo he escogido nada, ni a ti te importa lo que pueda yo escoger.

Pero Lebyn se mostraba cada vez más imperativo.

—No vuelvas a reunirte con ese oficial. ¡Te lo prohíbo! ¡Es a mí a quien pertences!

Maria lanzó una ruidosa carcajada.

—¡Qué estúpidos sois todos los hombres! No te pertenezco a ti. No pertenezco a nadie.

Y dió media vuelta y prosiguió su camino, dejando a Pedro plantado.

Antes de llegar a la granja, experimentó una gran alegría al encontrarse con su abuelo en un puesto de la feria.

—¿Qué haces aquí, abuelo?

—Comprando un regalito a la niña.

—¿A qué niña?

—¿Qué niña crees tú que puede ser?

—¡Ah! Ya comprendo. Lo de niña lo dices por mí.

Y añadió muy seria:

—Ya no soy una niña, abuelo.

Y aun dijo, cambiando de tono:

—Pero, veamos, ¿qué me has comprado?

—Por ahora sólo había apartado esta muñeca, y estaba eligiendo en este montón de juguetes.

María cogió la muñeca. Luego dirigió una mirada al montón de juguetes. No le gustaba ninguno. Sin embargo, se veía en el trance de escoger uno por lo menos para no disgustar al abuelito.

Y ya iba a tomar uno cualquiera, cuando vió algo que le llamó la atención poderosamente. Colgado de un alambre, se balanceaba un muñeco vestido de militar. No faltaba detalle al uniforme e iba completamente armado. Era como un verdadero militar en miniatura. Y como el viento lo mecía, semejaba contonearse graciosamente.

En seguida exclamó:

—¡Aquello, abuelo! ¡Quiero aquel muñeco!

Y el abuelo se le compró, sin sospechar los motivos que tenía María para preferir el oficial a la muñeca.

De vuelta en casa, y cuando ya se hubo acostado el abuelo, María se dirigió a su habitación. Y se sentó en el lecho y se absorbió en la contemplación del oficial de trapo.

Lo encontraba preciosísimo. Además, ni cuando era chiquita y sus padres le regalaban muñecas, había tenido tanta ilusión por un juguete.

Contemplándolo, contemplándolo, el pensamiento fué poco a poco desprendiéndose de aquel objeto, para volar muy lejos de él y crear otras imágenes más bellas.

Y estuvo un buen rato repasando con la memoria todo lo que le había sucedido aquella tarde. Y hubo un momento en que, con movimiento instintivo, se llevó la mano a los labios. Fué el momento en que evocó el beso. Y en seguida se puso triste. Era que recordaba el bofetón.

Puso fin a sus reflexiones con un suspiro y, levantándose, colocó el muñeco sobre un mueble próximo a la cama.

Lentamente, comenzó a desnudarse. Todas las galas lucidas aquella tarde en la fiesta y que conservaban aún un perfume varonil, el perfume de él, fueron cayendo a sus pies.

La luz artificial daba a su cuerpo tonalidades lechosas y rosadas. Era imposible imaginar nada más perfecto ni que invitara más a la contemplación. El pintor de vista más sutil y pulso más seguro no habría conseguido ni plasmar aquella forma ni interpretar aquel color.

No demostraba María tener prisa por acostarse y permaneció un largo momento en aquella grata y magnífica desnudez que le permitía saberse hermosa.

De pronto, algo vió en el cuarto que la movió a alargar la mano y apoderarse de una prenda cualquiera con la que cubrirse.

En la pared se recortaba la silueta de una persona, de un hom-

bre, de un oficial tan gallardo y magnífico como el teniente Orlandano.

Con las manos en la garganta y asida con los crispados dedos la prenda que sólo podía cubrir una exigua parte de su cuerpo, contempló la inmóvil figura.

Era una sombra. Se volvió buscando el ser que la proyectaba.

Se echó a reír de muy buena gana al verle. Era el muñeco, el gracioso muñeco vestido de oficial que su abuelo acababa de comprarle. Lo había colocado muy cerca de la lámpara y al reflejarse su sombra en la pared del lado opuesto del cuarto, su tamaño se multiplicaba hasta adquirir la estatura de un hombre.

Volvió a dejar la prenda en su sitio, se apoderó del camisón y éste cayó a lo largo del cuerpo borrando todo vestigio de la divina estatura de carne.

Y dirigió una mirada cariñosa y alegre al oficial de trapo y, en su inocencia, se durmió velada por él, como una niña por su muñeca.

V

En la posada hablaba y bebía Pedro rodeado por varios amigos.

En otra mesa estaba el suboficial Haller acompañado de los demás jefes del escuadrón.

Pedro había bebido ya más de la cuenta y no sabía pronunciar una palabra que no fuera una ofensa para alguien. Dirigía palabras groseras a las mozas que iban a servirle continuamente y daba empellones a unos y a otros, hurlándose de todo el que penetraba en la posada.

—Más que yo no es nadie—exclamaba frecuentemente.

Y cuando lanzaba una de estas bravatas, miraba a la mesa ocupada por los militares.

—Supongo—añadió una de las

veces—que os habréis enterado de cómo se ha portado María... A ese tenientillo no le quedarán ganas de volver a acercarse a ella.

—¿Qué pasó?—preguntó uno de los contertulios—. ¡Pues si a mí me pareció todo lo contrario!

—Todos sois iguales de necios. Os parece... os parece... Eso de hablar por conjeturas es propio de comadres.

—Es que yo vi...

—¿Qué viste tú? ¡A ver, pronto! ¡Di qué viste tú o te rompo la cabeza!

—Pues vi que María miraba al oficial con buenos ojos.

—¡Calla, majadero! Tú no viste nada. Yo, en cambio, sí que vi. Los espíe, los seguí cuando se fueron al jardín de la posada y pre-

senció toda la comedia... Os digo que le dió lo que se merecía. No quisiera yo para mí unas calabazas de ese calibre.

Habló un tercero. Era un hombre delgadocho y de rostro estúpido.

—¡Las mujeres!—exclamó con tono de desconfianza—. ¡Todas iguales! ¡Cualquiera es capaz de saber lo que piensan! Yo me he casado cuatro veces y a ninguna de mis cuatro esposas he logrado conocer.

—Pues lo que es el teniente, bien pronto ha conocido a María—dijo Pedro burlescamente—. Por lo menos tiene datos exactos sobre su mano derecha, que es la que utilizó para ahofetearle.

Y como insistía en dirigir miradas irónicas a los oficiales, Haller se encaró con él y repuso:

—Al teniente Orlano no se le ha resistido ninguna mujer. Si él quiere a ésa, la tendrá.

Pedro se levantó instantáneamente. Miró a Haller con fiereza y, sin dejar de mirarle, avanzó paso a paso hacia él.

Cuando estuvo bien cerca, pro-

nunció estas palabras, mientras sonreía siniestramente:

—¡Que lo intente! ¡Que intente tocarle un pelo de la ropa y lo mataré!

Se oyeron pasos en aquel momento y todos se volvieron hacia la escalera. Era que el teniente Orlano bajaba.

Se produjo un movimiento de expectación. ¿Qué iba a suceder entre la fiera y el héroe?

Pedro no pareció inmutarse por la presencia del teniente. Lejos de eso, se encaró con él y le preguntó:

—¿Me ha oído usted, verdad?

—Afortunadamente, querido señor—repuso el oficial sin inmutarse—, tengo un oído muy fino.

Y pasó por su lado sin detenerse, sin apenas mirarle.

Se reunió con sus camaradas y trató de calmarles, no dando a lo ocurrido más importancia de la que tenía.

—Un pequeño peligro añade interés a la aventura, Haller... Además, la pequeña se permitió ahofetearme y eso tiene que pagármelo.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Y había en su tono un matiz irónico de amenaza.

Se sentó con los oficiales y añadió alegremente:

—Bebed. Yo os convido.

—¿Por la victoria?—preguntó

Haller.

—No. Por el fracaso.

VI

María tenía un remordimiento. Primero, había dado a Fernando una bofetada. Después, le hirió la mano con la verja y lo dejó solo en aquel momento en que tanto necesitaba de ella.

En aquel instante de serenidad veía las cosas muy distintas que en la tarde de la fiesta, cuando mil emociones predisponían su espíritu al error.

No había por qué temerle de aquel modo. Si bien en un momento de arrebató le había dado un beso, en todo el resto de la tarde no hizo sino demostrarle que era un caballero y que sabía imponer su caballerosidad a cualquier otro sentimiento.

Había sido injusta al abofetearle y más injusta aún al no hacer

caso a sus demandas de auxilio cuando se cogió los dedos en la verja.

Estas reflexiones originaron una determinación que poco después ponía en práctica.

Agrupó las ovejas junto a la puerta y, cuando vió llegar al teniente, las hizo salir al camino.

Así, el teniente Orlano habría de detenerse, y ello le daría ocasión a cruzar con él algunas palabras que necesitaba decir, pues le estaban quemando el corazón.

Una cosa le llamó la atención en seguida. El teniente Orlano no venía con su escuadrón. Únicamente Haller le acompañaba.

Y cuando estuvo cerca, otra cosa la sorprendió más profundamente. El oficial no la miraba. Iba

muy serio. A pesar de que no había duda de que la había visto, pues las ovejas cubrían todo el ancho del camino y ella estaba en medio del rebaño, el teniente había adoptado la misma actitud que si María no existiera.

Esto desconcertó a la pastora. La sonrisa con que esperaba a su amigo se apagó en sus labios.

Y el desconcierto se convirtió en angustia cuando el oficial dió a Haller una breve orden para que apartara las ovejas.

Así lo hizo Haller, y él y el teniente pasaron con una seriedad casi cómica de tan exagerada.

Un momento estuvo María indecisa, sin saber qué determinación tomar, y, de pronto, sin pensar lo que hacía, corrió detrás del caballo del oficial.

—¡Eh, señor oficial!... ¿No me

ha visto usted?... Quería decirle que ya le he perdonado... que no le guardo rencor...

Pero él continuó su camino más serio todavía.

—¡Si usted supiera!...—volvió a decir María—. He sentido muchísimo la bofetada que le di.

Entonces el oficial se dignó volver la cabeza y respondió:

—No puedo detenerme ahora. Esta tarde, quizás... ¿Qué te parece un paseo al atardecer?

—Muy bien—repuso ingenuamente María.

—Pues, entonces, nos veremos en la Cruz.

Y ya no dijo más. Sólo cuando la granja se hubo perdido de vista, se echó a reír y exclamó dirigiéndose a Haller:

—¡Pobre muchacha! ¡Qué inocente y qué fácil de manejar es!

Cuando el teniente Orlano llegó al lugar de la cita, se vió sorprendido por un cuadro de singular belleza.

Al pie de la cruz, en medio de la inmensidad del campo, María rezaba de rodillas.

Con sus manos enlazadas, ilu-

minados los ojos por el fervor, levantado el rostro hacia la cruz, tenía una apariencia de cosa celestial.

Su faz, al contrastar con la penumbra gris del crepúsculo, tenía una divina blancura y sus brillantes cabellos eran como una aureola que nimbara su frente.

No se oía un ruido. No se percibía la menor huella de vida humana. Sólo en la lejanía del pueblo se dejaron oír las campanadas del Angelus.

Pero el teniente Orlano, más que en la belleza del cuadro, se recreó en la contemplación de la belleza de la joven.

Tan extraordinariamente hermosa estaba en aquel momento, que el oficial tomó la determinación de hacer todo lo necesario para conseguirla.

Y cayó de rodillas a sus espaldas y fingió orar como ella.

Al concluir sus oraciones, María se santiguó, y se volvió y vió al teniente en el preciso instante en que también él se santiguaba.

Se sintió emocionada al verlo así y ya no le inspiró desconfianza ninguna.

Una hora estuvieron hablando y, al despedirse, dijo el teniente:

—Hasta mañana.

Y María convino:

—Hasta mañana.



Cuando, como todas las tardes, se vieron, el oficial tendió el brazo y dijo:

—Vayamos hacia allí. No hemos ido nunca en esa dirección.

Y se fueron a campo traviesa.

Durante el paseo, el teniente

Orlano se mostró más insinuante que de costumbre. Jamás se sintió tan interesado por una mujer y jamás halló tanta dificultad en una conquista.

Le llamó la atención una casita solitaria que se alzaba en me-

dió del campo y en seguida halló la forma de relacionarla con sus sentimientos.

—He aquí un delicioso nido de amor. Viviendo en esta casita, aislados del mundo, sería imposible no amar.

Ella alzó la vista y tuvo un gesto como de terror.

—Sobre esa casa—explicó—pesa una maldición. Nadie se atreve a acercarse a ella.

Lo condujo, sin embargo, hasta la puerta del jardín y le dijo señalando unos manchones negros

que la cubrían casi totalmente:

—Mira. La puerta está embreada.

El se mostró muy sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque la muchacha que vivió aquí cometió un pecado de amor. Y eso, en este pueblo, se paga con la vergüenza eterna.

"¡Qué inoportunidad!", pensó el teniente, y dijo en voz alta:

—El amor no es en todas partes un pecado como aquí, María.

Y se apresuró a alejarla de aquel maldito lugar.

* * *

Y pasaron, raudos, deliciosos, inolvidables, los siete días de la semana.

Y llegó el de la última cita, la víspera de aquel en que el teniente Orlandino se iría del pueblo y de Prestonia, acaso para siempre.

Esperaba María en el camino, cuando advirtió que alguien se acercaba. ¿El? Pero cuando aquel alguien se acercó, advirtió, a pesar de que el crepúsculo estaba en

su fin, que no se trataba de Fernando, sino de Pedro.

En un movimiento de terror, huyó hacia el río, tratando de escabullirse.

Pero Pedro la había visto y corrió tras ella y le dió alcance.

Estuvo un momento contemplándola con gesto feroz y moviendo distraidamente un látigo que llevaba en la mano.

Al fin, dijo:

—¿Esperando al teniente, eh?...
¿Desdichada! ¿Es que ignoras
que todas las lenguas del pueblo se
ocupan de ti?

María sonrió amargamente.

—La gente es muy *piadosa*; ya
lo sé. Pero cuidado, no sea cosa
que vaya a darles motivos para
hablar.

Pedro la miró con ojos llamean-
tes.

—Haz lo que dices—la amena-
zó—y este látigo caerá sobre tus
espaldas. ¡Te lo juro!

María recibió la amenaza con
terror. Pero no bien se hubo ale-
jado Pedro, una ilusión llenó su
alma, convirtiendo el pánico en
delicia. Por él... por él... ¿No me-
recía aquel sacrificio y otros ma-
yores?

Una angustia dulcísima la inva-
dió y se echó a llorar.

Llegó entonces el teniente.

—¿Qué es eso, María? ¿Lloras?

Ella se dejó oprimir las manos
y sintió un gran consuelo al sa-
ber que él estaba cerca.

—Estoy en lenguas de la gen-
te, Fernando. Todo el mundo me

desprecia y me critica. Todo el
mundo está contra mí.

—¡Bah!—repuso el oficial ani-
mosamente—. ¿Qué nos importan
a nosotros los demás? Piensa sólo
que yo te amo.

Y a través de las lágrimas, ella,
para complacerle, dibujó una son-
risa.

—María—dijo entonces Orla-
no—. Ha llegado el momento de
partir. Pero no me iré hasta que
sepa que me quieres como yo te
quiero a ti.

Aquellas palabras que anuncia-
ban una separación inminente, en-
loquecieron a María.

—¡No te vayas! ¡No te vayas!
—demandó sin fijarse en que pe-
día un imposible.

—El deber me llama. Tengo
que salir para el frente africano.

—Pero volverás... ¿verdad que
volverás?

—Si vivo, sí... pero a veces no
se sale con vida de aquel infierno.

La sugestión terrible, la pavo-
rosa alusión a la muerte, dejó a la
joven sobrecogida, y él, advirtien-
do que había pisado un terreno
firme, extremó la nota.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Sin embargo, si eso sucediese, te prometo que moriría con tu nombre en mis labios.

María dió un grito de desesperación.

—¡No, no!

Y añadió, asíndole crispadamente por el brazo:

—¡Yo no quiero que mueras! ¡Yo quiero que vivas!... ¡Que vivas para mí!

Orlano juzgó a propósito el momento para separarse.

—Me marcho, María. Tengo que hacer.

Pero ella le había rodeado desesperadamente con sus brazos. Estaba obsesionada por la terrible idea.

—¡Yo no quiero que mueras, Fernando mío!

—Adiós, María; me he de ir.

Y se abrazaron apasionadamente, con delirio. Los labios se encontraron y cambiaron el alma en un beso infinito.

Y aun estaba María aturdida por la tremenda emoción, cuando oyó que el oficial le decía:

—Esta noche, a las ocho, mi escuadrón saldrá del pueblo. Yo te esperaré en la posada... Si me quieres como dices, no te negarás a venir para decirme adiós.

Y se fué, dejando a María confusa y embriagada de amor a la linde del río.

VII

Al llegar a casa, el abuelo la recibió con un funesto presagio.

—Esta noche, María, me siento muy mal. Y aun es más fuerte que mi mal mi temor. No sé por qué creo que está muy cerca mi última hora.

La muchacha hizo un esfuerzo para mostrarse animosa.

—¡Qué tonterías, abuelo! Estás como siempre. Un poco más cansado, porque estos días de feria has andado mucho.

—No, María; no estoy como siempre.

—Acuéstate. Es ya tarde. Te conviene descansar.

Y cuando estuvo acostado, le llevó María, como siempre, aquellos tres gatos que eran sus mejores amigos.

Lo arropó bien, le besó y se retiró a su cuarto.

—Descansa, abuelito...

Se sentó en el lecho. Estaba aturdida. Mil ideas confusas y mil emociones la atormentaban.

Miró el reloj y vió que eran las ocho y cinco minutos. Ya habría salido el escuadrón del pueblo. Ya estaría él esperándola.

Se sintió débil. Hubo un momento en que estuvo a punto de ceder. Pero en una de aquellas reacciones que tantas veces la habían defendido de mal, logró sobreponerse.

Miró de nuevo el reloj. Sólo dos minutos habían pasado. Otra vez fué perdiendo energías y miró en torno suyo con la insensata esperanza de hallar algo que la defendiera.

Sin embargo, lo encontró. Sobre la cabecera de su lecho había un crucifijo y se acercó a él con las manos enlazadas.

—Defiéndeme, Dios mío, defiéndeme. Dame fuerzas para hacer frente a esta terrible tentación.

Y fué como si Dios le diera una idea.

Salió de su cuarto. Se fué a la puerta de la calle, dió vuelta a la llave y arrojó ésta al fuego de la chimenea.

Más tranquila, más segura, volvió a su cuarto y comenzó a desnudarse.

Apagó la luz, se acostó, cerró los ojos. Pero en seguida se dió cuenta de que no podía dormir. Una mortal zozobra ahuyentaba el sueño de sus párpados.

Adquirió una extraña actividad su pensamiento y comenzó a recordar todo lo que le había sucedido en aquel último y terrible día.

Primero pasó por su mente la imagen de Pedro con su sonrisa feroz y el látigo en la mano. Después la llegada de él, y sus caricias...

Y cuando quiso recordar sus pa-

labras, evitó rememorar aquellas con que Fernando aludió a la muerte.

Saltó de las primeras frases al beso. Y no pudo evitar un estremecimiento de placer al volver a sentir, como si el hecho se repitiera, la cálida y dulce humedad de sus labios.

Y pensó en otros momentos y en otros detalles de la entrevista.

Pero el pensamiento tiene a veces rebeldías y le presentó de golpe el cuadro que ella con tanto empeño evitaba.

Y vió tendido a Fernando en medio del desierto africano. De su pecho manaba sangre y en su agonía pronunciaba su nombre... el nombre de ella. Y nadie le respondía. Y sobre él volaba la voraz amenaza de los cuervos.

Fué tan espantosa la impresión, que se incorporó en el lecho y encendió la luz.

Pero lejos de hallar alivio a su tortura, un toque de corneta le permitió deducir que el escuadrón ya se alejaba del pueblo y que, por el mismo camino, se marcharía él.

Y se rindió. Pudo más que su virtud todo aquello tan fuerte y tan terrible.

Saltó del lecho y se vistió apresuradamente. Con ayuda de un gancho, extrajo la llave del fuego y la arrojó en el agua de su lavabo.

Se enfrió en seguida. Pudo cogerla con la mano. Se fué hacia la puerta. Abrió sigilosamente.

Y, arropándose en un mantón y a ras de las casas, se dirigió hacia la posada, donde la esperaba el único hombre al que había amado en su vida.

* * *

Por la disimulada puercecilla trasera, entró en la posada. Cruzó el jardín, ganó la escalera y vió que la puerta del cuarto de él estaba abierta y comprendió que él estaría detrás, desesperado, esperándola...

Entró. El acudió a recibirla. Lo tenía todo bien preparado. Licor... pastas. Se había perfumado él y había perfumado la estancia.

—¡Cuánto has tardado, María! Temí que no vinieras.

Y le quitó el mantón, después de cerrar la puerta, y, advirtiéndole que estaba emocionada, excesivamente emocionada y fría, la condujo cerca de la chimenea, la hizo

sentar en un sillón y le ofreció una copa de licor que ella tomó maquinalmente.

—Esto te confortará.

Y levantó su copa y brindó:

—Por nuestro amor, María, y por ti, la mujer más hermosa del mundo.

Pero ella estaba cada vez más inquieta y aterrada. Aquel perfume, aquel vino, aquel ambiente de seducción le presentaba cada vez más crudamente la realidad.

Y se puso en pie y dijo temblorosa:

—Me voy... me voy... No debí haber venido.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Piensa que tal vez no volvamos a vernos, María.

La frase produjo el apetecido efecto.

María se acercó a él con ojos desmesuradamente abiertos, como quien va a cumplir una obligación espantosa, algo mucho peor que la muerte.

Y se dejó abrazar, y le entregó el alma en una mirada. ¿Qué no haría ella por su vida?

Pero sucedió entonces algo inopinado. El oficial la miraba fijamente y con una mirada extraña, que ella no conocía. Era una mirada de estupor indefinible. Era como si, de pronto, hubiera surgido ante él una aparición.

—¿Por qué me miras así, como si nunca hasta ahora me hubieras visto?—no pudo ella menos de preguntar.

—El continuó mirándola, mirándola... y repuso al fin:

—Que Dios me perdone, María Ducroz, por haber sido tan ciego. Nunca hasta ahora te había visto. Nunca hasta ahora te había sabido ver.

Y al descubrir aquella alma pu-

risima, de pureza rayana en la santidad, se sintió contagiado de ella.

—No había sabido ver toda la verdad y toda la pureza que hay en tu amor y en tu alma. Nosotros, los que hemos tenido muchos amores fáciles, solemos perder la noción del amor verdadero. Tenemos la costumbre de tratar a mujeres frágiles, propensas a la caída, y nos cuesta mucho creer en la virtud de las otras. Por eso yo, ¡desdichado de mí!, no había sabido ver que tú, más ingenua y apasionada aún que otras, eras distinta, completamente distinta a las demás. Mi pensamiento estaba manchado por el recuerdo de otras conquistas. Ha sido necesario que viera esa mirada de terror, de resignación santa, de amor infinito, de sacrificio sublime, para darme cuenta de que lo que hay dentro de tu alma es muy superior a lo que yo estoy acostumbrado a ver en las almas de las mujeres... Oye-me, María: te voy a confesar la verdad. Esta noche te he traído aquí con un propósito malvado.



Y se sentó en el lecho y contempló el oficial de trapo.



- Descansa, abuelito..



-Dios mio, defiéndeme.

Y cogió la candente llave...



- Perdón, perdón,
María.



- Me prometiste que-
rerme.





- Sin él no podría vivir.



Pedro le parecía ahora un hombre de espíritu extraordinario.

Quería tratarte como traté a las otras. Por eso te pido perdón.

La emoción hizo llorar a María. ¡Qué gloria, qué perfume de santidad y de amor nuevo, de amor como de esposa, invadió su alma! Toda su inquietud se desvaneció repentinamente. En ningún lado se hubiera sentido tan segura como cerca de su Fernando.

Fue ella entonces quien le abrazó con un abrazo de confiada entrega. Se sentía amada y defendida, se sentía esposa.

—Gracias, Fernando mío... Y gracias a Dios también por haberte abierto los ojos.

A él entonces le desesperaba una idea.

—No debí haberte pedido que vinieses.

Se sentía ofendido al advertir la ofensa que le había inferido a ella.

Y en un arrebato, exclamó:

—¡Espérame, María, espéra-

me!... ¡Volveré y nos casaremos!

—Volverás, Fernando mío. Te esperaré feliz y segura. Nos pertenecemos ya y nada podrá separarnos.

—Sí, sí. Nos pertenecemos. Tú lo has dicho... Pero vete. Pongamos cuanto antes remedio a la imprudencia.

—Lo que tú quieras, Fernando. Si quieres que me vaya me iré. Si quieres que me quede me quedaré.

—No, no; vete. Vete en seguida. ¡Esta gente de pueblo es tan mala!

María se puso el mantón y él se dirigió a la puerta y miró a un lado y a otro.

—¡Ahora, sal ahora, María! No hay nadie. ¡Adiós, mi corazón!

Y se dieron el último beso y salió María.

No se oía un ruido. Estaba desierta la posada.

Bajó la escalera sigilosamente... Continuó avanzando...

VIII

Pero había sucedido algo con que no contaba María.

Cuando, envuelta en el mantón y a ras de las casas, se dirigía a la cita, alguien la había visto y se había ocultado en una esquina para vigilarla mejor.

Era el hombre delgado y estúpido que se había casado cuatro veces sin conseguir comprender a ninguna de sus cuatro esposas.

Al ver a María, se frotó las manos con malsano placer. De aquella guisa y en aquella hora, no podía ir a ningún sitio bueno. He aquí una magnífica ocasión para demostrar sus argumentos. La mejor de todas merecía que la colgasen. ¡Mujeres... mujeres!...

La fué siguiendo. Cuando vió que entraba en la posada, su júbilo

no tuvo límites. ¿No lo decía él? Iba a reunirse con el teniente. Acudía a una cita vergonzosa.

Y sin esperar a más comprobaciones, corrió a avisar a todos sus amigos.

—¡Venid, venid y la veréis!

Los llevó a la plaza Mayor y les hizo mirar hacia la ventana. Estaba la luz encendida y en el cuadro luminoso se recortaban las sombras de los pecadores.

Estaban abrazados. ¿Hacían falta más pruebas?

—¡Qué vergüenza! — exclamó uno.

—¡Qué humillación para el pueblo! — dijo otro.

—¡Pero pagará su delito! — intervino un tercero —. Primero pondremos en sus umbrales el estigma

de la brea. Después la apedrearemos.

—Y nos apartaremos de ella como de una leprosa.

—¡Muera la impura!

—¡Oíd, oíd!—dijo de pronto una voz—. Hay un medio de aumentar el castigo.

—¿Cuál, cuál?—preguntaron varias voces con anhelo malsano, recreándose anticipadamente en el espectáculo del martirio.

—Oí decir a Lebyn que la había amenazado con una tanda de latigazos si llevaba hasta el fin su aventura con el teniente. Si fuéramos a avisar a Pedro...

—¡Sí, sí!—conviniéron todos.—Que vaya uno a avisarle.

Y en seguida se ofreció un voluntario. Había empezado a llover, pero no importaba. Pedro vivía lejos, pero eso no era inconveniente. Aunque toda el agua de los cielos cayera sobre sus costillas, él iría muy gustoso a avisar a Lebyn. ¿Qué no haría por el espectáculo que se avecinaba?

Y corrió el voluntario hacia la casa de Pedro.

—Nosotros, entretanto, vaya-

mos a embrear la puerta de la casa, a poner en su umbral el signo de la vergüenza y de la maldición.

—¡Yo tengo la brea preparada!—gritó uno.

—¡No hay tiempo que perder!—apremió otro.

—¡Vamos!

—¡Vamos!

Y allá fueron los lobos, atraídos por el festín de una honra.

Llovía cada vez más. La gente había ido acudiendo y formaban ya legión los inquisidores. Todos estaban empapados.

Y estalló un trueno y el chubasco redobló su furia.

El agua caía a chorros produciendo un estrépito sobre los tejados. Pero la jauría no se detuvo ni vaciló. Se hubiera desbordado el río, y a nado habrían ido a embrear la puerta de la casa.

Cerca de cien eran. En todos los ojos resplandecía un insano afán.

—¡A la casa! ¡A la casa!

Y allá fueron los lobos.

El abuelo, que en aquella noche trágica, de desaliento y temores de

muerte, no podía dormir, oyó con extrañeza aquel bullicio.

—¡ Muera la impureza! —gritaban en la calle.

—¡ Anatema! ¡ Anatema!

¿A quién irían dirigidos aquellos terribles insultos? ¿Qué desdicha habría caído en el ceno del pezo?

Oyó entonces ruido en la puerta y se sobresaltó. ¿Pretendían robarle?

Muy mal se sentía, pero se levantó.

Los gritos de la multitud se confundían con el estruendo del agua.

Llegó. Abrió la puerta.

El cuadro que se ofreció a su vista le dejó atónito. Varios hombres embrecaban la puerta en presencia de una compacta multitud.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué mancháis mi puerta?

—Preguntaselo a tu nieta.

—¿Qué decís de mi nieta?

—Que está en la dulce compañía del teniente en su cuarto de la posada.

Al oír el insulto, todas las re-

lajadas energías del viejo se reconcentraron y, cerrando los puños amenazadoramente, rugió:

—¡Fuera de aquí, miserables!

—¡Muera el viejo!

—¡Muera el hombre sin honor! Y hubo uno que incluso le salpicó de brea el rostro y las ropas.

Se fueron, pero sin cesar de insultarle.

Quedó el viejo atónito, sin ni siquiera sentir el agua que caía a cántaros sobre su cuerpo.

Un buen rato estuvo así, y finalmente se decidió a entrar en la casa.

Como un fantasma, se fué hacia el lecho de su nieta. Comprendió que su vida dependía de lo que iba a ver. Si su nieta estaba allí, la alegría le daría fuerzas para sobrevivir a aquella noche trágica. Si no estaba allí, moriría irremisiblemente.

—¡Que esté, Señor, que esté! —se decía.

Y entró en el cuarto y levantó poco a poco la vista del suelo.

¡El lecho estaba vacío!...

¡Era su nieta, su querida Ma-

ría de su alma la que aquellos hombres reputaban de impura... y con razón!

Y algo tremendo pasó dentro de él. Fué como si una garra destrozara todo su organismo.

Cogiéndose a los muebles, quiso llegar hasta su cuarto, pero cuando se hallaba en el vestíbulo, sólo tuvo fuerzas para sentarse en un sillón donde expiró en pocos minutos.

¡Qué extraña impresión experimentó Pedro al saber la noticia! Llamaron sus ojos, se crisparon sus labios, se irguió todo él, y una terrible carcajada se escapó de su boca.

Era la risa de la venganza.

¡Pronto! ¡Pronto! ¡El látigo!

Necesitaba tenerlo entre las manos. Sentir su contacto. Acariciarlo voluptuosamente.

Sólo así podría sobrevivir a aquella cólera que convirtió su corazón en una llama.

Empuñó el látigo. Corrió a la cuadra. En un segundo estuvo el carricoche preparado y ganó la carretera.

Llovía torrencialmente. Mejor. Aquello le refrescaría.

Y bajó la tempestad, al galope apocalíptico de sus caballos, el carruaje corrió hacia la venganza.

Pedro no cesaba de castigar con el látigo a los enloquecidos animales.

Era un vértigo extraño el que sentía. Un vértigo que no temía a la velocidad, sino que la anhelaba.

Restallaba el látigo, resonaban los cascos de los caballos sobre la tierra, el coche hacía retumbar el camino. Y, entretanto, caía de los cielos el torrente de la tormenta.

Era una apoteosis de furia y venganza.

Divisó al fin las luces de la plaza Mayor y oyó los gritos de júbilo de los que le vieron llegar.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¡Ahí está Pedro!—gritaban.

—¡Ahí está el verdugo!—pensaban con malsano deleite.

Saltó del coche.

—¿Dónde está, dónde está la sin honra?

—¡Allí, allí!—le dijeron señalando a la ventana.

Y aun tuvo tiempo de ver el último abrazo, el abrazo parisino de la despedida.

Cuando María salió a la plaza y se vió ante aquella multitud enloquecida por la furia, fué tan grande su estupor que no supo qué determinación tomar.

Al resolver regresar al cuarto de Fernando, era ya tarde. Varios hombres habían guardado la puerta de la posada. Y vió que Pedro se acercaba a ella mirándola fijamente.

Quiso huir, pero el monstruo la alcanzó.

—No te escaparás—dijo sonriendo siniestramente—. Has de sufrir mi venganza.

Y del primer latigazo dió con ella en el suelo.

Al verla caída, su furia se re-

dobló como sucede al lobo cuando ve la sangre de su presa.

También de las espaldas de María manaba sangre. Los latigazos arrancaron trozos de ropa y trozos de piel. Y el espantoso cuadro enardecía a la multitud.

—¡Las piedras, las piedras!

Todos se armaron de ellas.

En este momento, el terçento Orliano, atraído por los gritos, acudió a la ventana. Vió a María en el suelo. Vió el látigo de Lebyn abatiéndose sobre sus espaldas. Y se dispuso a correr en auxilio de su amor. Pero en este preciso instante cayó sobre él una lluvia de piedras y una de ellas le hirió en la frente, y Orliano se desplomó.

—¡Este látigo que ahora casti-

za tus espaldas.—gritaba Lebyn— caerá luego sobre las de ese miserable. Lebyn no perdona.

En medio de su dolor, su amor infinito dió a María fuerzas para exclamar:

—¡Es inocente! ¡Es todo mentira! ¡Me ama! ¡Quiere casarse conmigo!

—¿Por qué no viene entonces a defenderte? ¿Por qué se esconde en su habitación como una mujer?

María pensó que Orsano no sabría lo que pasaba, que por prudencia no se habría asomado a la ventana ni siquiera para verla pasar... Cualquiera cosa. Todo menos dudar de su Fernando. Estaba segura de que no vacilaría en dar la vida por ella.

—¡Las piedras, las piedras!

Y Lebyn se apartó para ir en busca del teniente.

María se había levantado. Recibió varias pedradas que la hicieron caer, pero volvió a levantarse.

Y así, levantándose y cayendo, arrastrándose y dando traspiés, loca de dolor físico y de angustia, perseguida por los hombres mon-

truos que la apedreaban, mojada de sangre y de lluvia, logró llegar a su casa.

Abrió. Se manchó las manos de brea, signo de otras manchas que injustamente le atribuían.

Quiso no hacer ruido, pero le fué imposible. No era dueña de sus miembros. Y cerró la puerta como pudo, y como pudo avanzó hacia el interior de la casa.

En el vestíbulo encendió la luz y le sorprendió ver allí al abuelo, sentado en un sillón.

Después lo comprendió todo. Se habría levantado, habría visto vacía la cama y, horrorizado, se habría dejado caer en el sillón más próximo.

La esperanza de que su abuelo la comprendería y la creería le dió fuerzas para llegar hasta el sillón.

El abuelo estaba de espaldas, pero veía su mano descansando sobre el brazo de la butaca.

Se acercó, tendió la suya hacia la anciana mano y cayó de rodillas.

Pero, ¿qué era aquello? ¿Qué frío era aquel? La mano parecía

un trozo de mármol o de nieve.

Se levantó. Le tocó el rostro. También aquel frío horrible...

—¡Abuelo, abuelo!

No contestó.

—¡¡Abuelo!!

Preso de una sospecha espantosa, le buscó el corazón.

Y al comprobar que había dejado de latir para siempre, María huyó de su casa enloquecida como en busca de la muerte, para poner fin a su martirio, sollozando desesperadamente.

—Abuelo, ¿por qué te has ido sin saber la verdad?

Orlano, ensangrentada la frente y aturrido aún por el golpe, consiguió ganar la puerta del cuarto y bajar la escalera.

Al pie de ella se encontró con Lebyn, que iba en su busca con el látigo.

—¿Qué le ha hecho usted a María?—preguntó Pedro.

Pero el oficial no podía responder.

Hizo un esfuerzo para abalanzarse sobre el monstruo, pero sólo consiguió dar un traspies y caer de bruces.

Pedro, entonces, levantó el látigo.

—¡Vas a morir como un perro!

Pero, de pronto, cien brazos cayeron sobre él y le sujetaron.

Eran los soldados que habían quedado en el pueblo en compañía del teniente.

—¡A tiempo habéis llegado!— exclamó Pedro con una sonrisa terrible— ¡Bien puede decir nuestro jefe que os debe la vida!

Y antes de dejarse conducir por los soldados, añadió dirigiéndose al teniente, que se había vuelto a incorporar:

—Algún día nos encontraremos a solas, y entonces saldaremos esta cuenta que ahora queda pendiente.



Y lució el sol del nuevo día. Junto al río había un grupo de gente. Entre ella estaba el cura. Tenía el mantón de María en la mano y decía a los demás:

—He encontrado su mantón, pero no a ella. Y eso que la ando buscando desde anoche, desde que me enteré de lo que sucedía, desde que vi su casa sola y en ella el cadáver del abuelo.

Nadie se atrevía a pronunciar la palabra "muerte", pero estaba en las mentes de todos.

Los labios respiraban la tragedia y en los corazones palpitaba el horror de lo ocurrido.

Oyóse de pronto el galope de un caballo.

Era él, el teniente. Todos se apartaron del *monstruo*.

—¿Dónde está? ¿La han encontrado?

Nadie quiso responder. Sólo el sacerdote, con su santa piedad, se acercó a él y le dijo:

—Se ha quitado la vida... por culpa de usted... por la vergüenza que usted arrojó sobre ella.

Fernando, en un arrebato de desesperación, se llevó las manos a la cabeza.

—¡Qué horror, Dios mío!

Fijó después una condolidada mirada en el clérigo y añadió con un tono de cuya sinceridad era imposible seguir dudando:

—Cierto, padre, que fué mi locura la que la llevó a la posada. Pero cierto también que su inocencia nos salvó a los dos.

"Nos salvó a los dos"... El cura comprendió todo el alcance de estas palabras.

Un consuelo infinito invadió su alma al saber la gloriosa verdad. ¡Los dos salvados! María era pura.

—Confía entonces en Dios, hijo mío, y reza por ella.

IX

Algunos meses después.

La guerra entre Prestonia y Mirvania se había declarado.

Prestonia se negaba a seguir soportando el yugo de la tiránica Mirvania.

Craylock estaba en la frontera y sería uno de los primeros pueblos que sufrirían los horrores de la contienda.

Se habían concentrado las tropas en aquel punto. Estaban preparados los cañones. Todo estaba listo para abrir en la tierra ríos de sangre.

Pedro estaba contento. Se le presentaba una magnífica ocasión de desahogar el odio que profesaba al ejército de Mirvania.

Se había erigido en cabecilla y esperaba armado hasta los dientes

el momento de derramar la sangre.

Un oficial se había acercado al comandante en jefe de los ejércitos de Mirvania:

—Señor, cerca de Craylock, en medio del camino, hay un convento. Sólo eso media entre el pueblo y nosotros.

—Vaya usted mismo a avisar a las religiosas. Asegúreles que respetaremos sus vidas.

El oficial montó a caballo y corrió por aquel camino que había utilizado en días memorables.

Era el teniente Fernando de Orland.

El recuerdo de los hechos angustiosos le asaltó cuando el pueblecito surgió a su vista, pero se sobrepuso. Era un soldado. Era

un guerrero. Mirvania le necesitaba.

Llegó al convento, preguntó por la superiora.

—Señora—le dijo cuando le condujeron a su presencia—, las fuerzas de Prestonia se han concentrado en Craylock y el encuentro es inminente. Están ustedes en peligro. Abandonen el convento.

Pero la superiora sonrió dulcemente:

—No, capitán. Nuestro sitio está aquí. Quizás podamos ser útiles en algo.

Había tal determinación en sus palabras, que Orlano creyó inútil insistir.

—Como usted disponga.

Y se fué. Tenía prisa. Se le esperaba en el campamento.

Al cruzar el jardín, se detuvo conmovido por un cuadro de paz que contrastaba con el ambiente de guerra.

Las monjas, con sus tocas blancas, con su paso rítmico, perfectamente alineadas, cruzaban una rotonda en dirección hacia el punto donde él se había detenido.

Una a una, fueron pasando por

su lado, todas con la vista baja y absortas en sus oraciones.

De súbito, Orlano, palideció. Tenía fija la mirada en la última monja de la fila. ¿Qué tenía aquella santa mujer en el rostro para producirle tan profunda emoción?

¡Oh, qué parecido tan extraordinario! ¡Pero si era ella, Señor!

Se pasó la mano por los ojos y volvió a mirar. ¡Sí, era ella; no cabía duda!

—¡María!—exclamó.

Al oír aquella voz inolvidable, María se volvió convulsivamente y, estupefacta, fijó los ojos en él.

Estaba como clavada en la tierra. Sus ojos parecían abrirse cada vez más.

Sin decirse nada, cruzando sólo pensamientos y emociones, estuvieron mirándose un buen rato.

Las monjas habían entrado ya en el convento. Estaban solos en el jardín.

Se acercó Orlano a ella y, no atreviéndose siquiera a rozar su ropa perfumada de santidad, le preguntó:

—¿Pero eres tú?... Me dijeron que habías muerto...

Ella sonrió tristemente y repuso:

—He muerto para la vida. Ahora soy de otro reino, del reino de Dios.

—¿Por qué, María, por qué hiciste eso? ¿No estaba yo contigo? ¿No estaba yo a tu lado? ¡Es horrible! ¡Qué error!

Y, desesperado, se olvidaba de todo, incluso de sus deberes guerreros. Había perdido a lo que más quería. ¿Y por qué? ¡Oh, vida estúpida! ¡Por la gente, por el error y por la barbarie de la gente!

¡No, no! Aquello no podía ser. Aquello no podía seguir adelante. Felizmente, María era una novicia. No podía haber profesado aún porque no había pasado el año reglamentario.

Y esta idea le consoló profundamente. Le parecía haberla recuperado ya. ¡Y la recuperaría! Su vida dependía de aquello. Ahora se le ofrecía una magnífica ocasión de entregarla.

Le expresó sus ideas y sus sentimientos.

Y ella le reprendió:

—¡Qué imprudencia! Yo, que soy mujer, he de salvarte siempre con mi ejemplo.

Cayó él de rodillas.

—Perdón, María, perdón.

Y besó la cruz del rosario.

¡Qué placer sintió ella al verlo tan puro, tan generoso, tan santo!

¡Qué placer al ver que, como ella, aceptaba el sacrificio!

El oficial se había descubierto y, al arrodillarse, su cabeza quedaba a ras de las manos de María. ¿Cómo contenerse? ¿Cómo no dar el merecido premio de una caricia?

Y tendió sus manos, purísimas, monjiles, y acarició aquella cabeza rendida y varonil.

Varias veces recorrieron sus manos aquellos cabellos finos y brillantes, y esta demostración de amor santo y sublime fué bastante para que Orlando se creyera ya en el cielo.

Se levantó. La miró. No se saciaba de mirarla ni de admirarla. Bendijo a Dios por haberle deparado el encuentro de aquella mujer que salvaba del mal a los que más compenetrados estaban con

él. ¡Cuánto bien le había hecho! ¡Qué distinta era su alma después de haber conocido a María e antes de haberla conocido! Mujeres así, almas así, se encontraban una vez en la vida. Y no aprovechar aquella ocasión sería una torpeza irreparable.

Este pensamiento le hizo descender al mundo. Orlando era otra vez el hombre que no se contenta con lo que ha de obtener después de la vida. Quería también ser feliz aquí abajo, y la felicidad de este mundo se había condensado para él en una palabra, en una persona; María.

—¡María!—dijo—. Eres novicia aún. Todo se puede remediar.

Pero ella levantó la mano como si quisiera protegerse con ella.

—Vine aquí en busca de olvido y lo he encontrado... Ahora ya no estoy ligada a las cosas del mundo... Pronto pronunciaré mis votos.

—Pero tú me quisiste una vez y me prometiste quererme siempre. Después de haberte visto no podría vivir sin ti.

Había ido acercando el rostro a su oído, y, últimamente, casi la rozaba con sus labios. Ella sintió un calor que recordaba, un aliento que la enloqueció un día.

Tuvo miedo. Sintió que su alma renacía nuevamente a las olvidadas delicias. Comprendió que dentro de un segundo no podría resistir.

Y, dirigiendo una última palabra al que ahora era capitán Orlando, se fué... Se fué sin ruido, pero ligeramente, como un ángel, como una paloma...

El quedó indeciso, sin atreverse a dejar aquel lugar de bendición, sin valor para dar un paso...

Pero un cañonazo le recordó la guerra, le recordó que estaba al servicio de Mirvania... le recordó su deber.

X

Pedro daba el ejemplo manejando una ametralladora. Había que disparar y disparar hasta morir. No había que pensar en la posibilidad del fracaso. El triunfo era seguro.

¡Sangre, sangre! ¡Oh, felicidad infinita! ¡Oh placer profundo de ver la sangre enemiga abrir surcos en la tierra!

—¡A ellos! ¡A ellos!

Y su ametralladora barría y se-gaba. Era una gusana de fuego, un arma infernal de muerte.

—¡Adelante! ¡Valor! ¡Son nuestros!

Lejos, los cañones atronaban el espacio. Temblaba la tierra.

—¡Nos van a achicharrar!— dijo una voz—. ¡Ea la artillería!

¡La terrible artillería de Mirvanía!

Pedro le miró.

—Nada hay terrible para nosotros. Hemos de vencer.

Pero todos sabían que no hablaba por Prestonia. No veía en Mirvanía al tirano, sino al rival de amor. No disparaba contra el enemigo, sino contra un enemigo.

Todos sabían que la imagen del capitán Orlano enturbiaba en aquellos momentos su frente.

Los ejércitos rivales se acercaban. Dentro de unos minutos, si unos y otros seguían avanzando, se entablaría la lucha cuerpo a cuerpo.

Se oyó un ruido distinto a los demás, un ruido que no se había

mezclado aún al fragor de la guerra.

Era la caballería. Carretera adelante, a la vanguardia de su escuadrón, con el brillante sable en la mano, el capitán Orlano corría hacia la muerte.

¿Por Mirvania? En aquel instante una lucha tremenda se había estabulado en el alma del militar. A quinientos metros estaban las fuerzas enemigas. A doscientos estaba el convento donde se refugiaba el ser más querido.

¿Hacia dónde iba? ¿Hacia el enemigo o hacia María Dueroz? ¿Quién mandaba en su espíritu: su amor a Mirvania o su amor a María?

Ni él mismo podía saberlo. Pero era lo cierto que el problema más inmediato de su alma era la salvación de la idolatrada y santu criatura.

Después iría al combate. Pero antes era necesario salvar la vida de María.

Su caballo parecía tener alas. Galopaba sin apenas tocar el suelo. Era un rayo; era un héroe más de la guerra.

El enemigo, atrincherado, disparaba a su placer contra aquellos imprudentes que se lanzaban hacia la lluvia de balas.

Pedro sonreía.

—Esos monigotes que van a caballo son los que más atraen la boca de mi ametralladora.

Cargaba, apuntaba y trazaba una curva de derecha a izquierda que formaba un abanico de fuego.

Y reía y volvía a cargar.

—No va a quedar uno para contarlo.

Pero, cuando de nuevo iba a disparar, después de haber disparado veinte veces, algo que atrajo profundamente su atención detuvo su mano.

A la vanguardia del escuadrón galopaba un jinete que le pareció reconocer. Muy lejos estaba, pero le parecía Orlano. Su tipo era inconfundible. El, sobre todo, no podría olvidar nunca un solo detalle, un solo rasgo, un solo gesto que fuera peculiar a aquel hombre.

Se concentró en él su mirada y su odio. Apuntó y disparó. Veinte disparos consecutivos se dirigieron

hacia aquel punto. Uno u otro daría en el blanco. Era muy difícil errarlos todos.

Y estuvo a punto de enloquecer de gozo cuando vió que el jinete vacilaba sobre el caballo.

En efecto, era el capitán Oriano aquel "monigote" contra el que Pedro había apuntado su ametralladora. Era Oriano el que había vacilado sobre su montura. Uno de los cascotes alcanzó su pecho.

Sin embargo, se rehizo. Era preciso, cuando menos, llegar al lado de María antes de que los ejércitos de Mirvania pasaran por allí arrollándolo todo.

Y asiéndose con fuerza a las bridas de su caballo para no caer, picó espuelas.

Ante el convento, se detuvo.

—¡A ellos, Haller! Es preciso que no quede una ametralladora. A usted le dejo el mando. Dentro de un minuto estaré con ustedes.

Saltó del caballo en tanto el escuadrón continuaba galopando hacia el enemigo.

Cuando llegó al jardín del convento, advirtió el oficial que manaba abundante sangre. Se tocó el

pecho, y su mano quedó enguantada por una viscosa capa rojiza. La conciencia se le enturbiaba y le temblaban las piernas.

Pero no por eso se detuvo. Para que se detuviera, sería preciso que le arrancaran el corazón. Y el corazón le latía aún en el herido pecho, le latía aún por y para María.

—¡Pronto!—exclamó Oriano, dirigiéndose a la madre superiora—. ¡No hay tiempo que perder! Dentro de un minuto este convento no será más que un montón de ruinas.

Y como para apoyar sus argumentos, resonó un ensordecedor estampido y varias paredes se derrumbaron con estrépito.

Se produjo una escena terriblemente trágica. Las monjas huían despavoridas.

Se quedó solo. Una segunda granada se llevó medio vestibulo. Le cegó el polvo de las ruinas.

Pero pensó en María y tuvo fuerzas para llamarla.

Fué un grito trágico, desgarrador:

—¡María!

Y esperó. Y la respuesta fué un tetter estallido que hizo retumbar la tierra.

Siguió cruzando estancias y pasillos. Unas veces, se derrumbaban las paredes por el lado de las cuales acababa de pasar; otras, se desplomaban antes y había de saltar los escombros. Dios le guiaba, sin duda. De otro modo, era imposible que siguiera viviendo.

—¡María!

Pero sólo le contestaba el fragor de la guerra. Gritos de combate y descargas de artillería.

¿Se habría ido? ¡Quisiera Dios que fuera así! Si no la hallaba muerta entre los escombros, se daría por satisfecho y moriría tranquilamente.

Quince, veinte estancias había recorrido ya y casi otras tantas veces se había librado de una muerte segura.

Al fin, halló un ser humano en aquel mundo de ruina y de muerte.

Era una monja que rezaba ante un crucifijo.

Estaba de espaldas. Entre descarga y descarga, se oía el susurro de sus rezos. ¿Sería ella?

Se acercó. Dijo con el aliento más que con la palabra:

—¡María!...

Y ella se volvió y le miró dulcemente.

Sí, era María. No había en sus ojos miedo ni sobresalto... ni el miedo de la muerte ni el sobresalto de haber oído su voz.

El se acercó. La levantó amorosamente.

—¿Qué haces aquí? ¡Es una locura!... Huye, María, te lo ruego.

Pero ella le miraba el pecho fijamente.

—¡Qué angustia me has hecho pasar, María! Te buscaba, te llamaba y no me respondías... ¡Pronto! ¡Sigue a tus compañeras! ¡Salva tu vida!

Y ella continuaba mirándole el pecho.

—¡Estás herido!—dijo horrorizada.

—¡Bah! No es nada. ¡Vete, María! ¡Te ordeno que te vayas!

Y dió un traspiés y cayó desvanecido.

María se arrodilló a su lado. Desnudó su pecho. Lo vió cubierto de sangre.

—¡Fernando, Fernando!

Había resurgido la mujer.

—¡Fernando, Fernando mío!

Era el amor el que gritaba.

Se inclinó, lo abrazó, lo acarició.

—¡Fernando de mi alma!

Pero comprendió que no había tiempo que perder. Acabó de abrir la guerrera, auscultó el corazón.

—¡Vive, vive! ¡Gracias, Dios mío!

Y así como la novicia se había convertido en novia, la novia se convirtió en enfermera.

Se arrancó y desgarró sus tocas y formó con ellas un vendaje que le puso de cualquier forma para evitar la hemorragia.

Advirtió entonces la falta de luz. La tarde había caído. La gran tragedia tenía ahora por escenario la noche profunda e infinita.

Se levantó, corrió en busca de un cirio. Lo halló en la capilla.

Iluminando con él el pecho de Orlano, vió que la herida era grande pero superficial. Sin duda, un casco de metralla que había desgarrado sin poder profundizar.

Pero el pecho era una gran man-

cha de sangre. Sólo sangre se veía.

Se derrumbó un muro de la estancia. El polvo la cegó. Vaciló la llama del cirio. Pero, felizmente, vió en seguida que la bujía seguía ardiendo y que tampoco el corazón de su querido oficial se había apagado.

Se limpió con las manos los ojos y corrió al jardín.

Los disparos sonaban allí mismo. Los gritos se producían a ras de las tapias del convento. Pero María sólo tenía pensamiento para una cosa. Necesitaba agua. Necesitaba lavar la herida de Fernando.

Y se dirigió al pozo con paso apresurado y firme, indiferente a lo que acontecía a su alrededor.

Entretanto, los ejércitos rivales se habían encontrado casi a las puertas del convento. Ni unos ni otros se habían preocupado de aquella casa en ruinas y abandonada en medio del camino.

Sólo un hombre, un soldado de Prestonia se había aventurado a través de los escombros. Tenía sed. Acaso allí encontrara un poco de agua para beber y curarse.

Era Pedro Lebyn. Cien vidas había segado, cien hombres había abatido.

Sólo un hombre de su vitalidad podía mantenerse en pie a pesar del esfuerzo realizado en su afán de venganza.

Guiándose por los últimos resplandores del crepúsculo, penetró en el derruido convento. Cruzó una estancia y otra. El peligro de las granadas se había alejado ya de allí. Los soldados de Mirvania habían llegado a Craylock y seguían avanzando.

Se limpió con la manga la sudorosa frente y continuó avanzando a través de los recintos oscuros.

Le llamó la atención ver una luz en el fondo y se dirigió a ella con la esperanza de encontrar allí lo que buscaba.

Al llegar a la pieza donde estaba la luz, le sorprendió el extraño y sombrío cuadro que se ofreció a sus ojos. Cerca del cirio había un bulto, un hombre. A un lado, una pared derruida; al fondo, un trozo de muro con un crucifijo.

La visión del Cristo en aquel

trance le impresionó y le recordó la fe de otros días. Una emoción extraña floreció como un bálsamo en su alma cegada por la sed de sangre y se santiguó respetuosamente.

Después volvió a prestar atención al cuadro humano que le rodeaba.

Dió dos pasos, cogió el cirio y se inclinó sobre el hombre yacente.

Llevaba el uniforme de Mirvania. Era sin duda un oficial. Pascó el resplandor del cirio a lo largo del cuerpo y hubo de reprimir un grito al llegar al rostro.

—¡Es él, es él!—pensó, conturbado por la sorpresa.

Y pasado este primer instante de estupor, las pasiones humanas renacieron en su espíritu y exclamó desesperadamente:

—¡Es él, pero muerto! ¡Maldición! No podré vengarme. Después de tanto anhelar y tanto esperar, lo encuentro muerto!

Llevado de un resto de esperanza, de un ansia infinita de que viviera, tendió el brazo y colocó su mano sobre los labios del oficial.

Una nueva emoción conmovió su alma.

—¡Vive, vive! ¡Respira!—exclamó con alegría delirante.

Y ya no pensó en que estaba rendido ni en que tenía sed. Ya no pensó en otra cosa que en saciar su hambre de venganza.

Vaciló. ¿Cómo le mataría? ¿Qué haría para saciar completamente su odio?

Por lo pronto, arrancó el vendaje de un zarpazo. La sangre fluyó abundantemente y ello le produjo una excitación y una voracidad tan extraña, tan feroz, que levantó el sable del oficial, dispuesto a cortar aquella vida en un segundo.

Pero era poco matarle. Su brazo se detuvo. Si hundiera el sable en su pecho, moriría sin saberlo, sin sufrir.

No. Era mejor esperar. Era mejor que muriera lentamente a causa de su herida. Acaso despertara en sus últimos momentos, y entonces él gozaría nombrándole a María Ducroz para que el recuerdo de su crimen se sumara a la tortura de su agonía.

¡Oh, placer! ¡Placer infinito de la venganza!...

Oyó pasos de pronto. Molesto por la importuna visita, cogió el cirio que ardía al lado del oficial y se fué con él al encuentro del visitante.

Era María que volvía con un cubo de agua.

Al verla, al ver su rostro, que coincidía con la llama de la bujía, dió un paso atrás, como si ante él hubiera surgido una aparición.

—¡María! ¡Tú! ¿Qué haces aquí?

Fué bajando la luz y lo comprendió todo al ver sus hábitos de novicia.

Un resplandor de pureza cruzó su alma oscura como un rayo de salvación.

Cayó de rodillas.

Pero María era ya una mujer. Era una novia amante y amada que luchaba por salvar su amor en peligro.

Al ver a Pedro allí, temió por la suerte de Fernando. Se imaginó algo de lo que en realidad había sucedido y corrió hacia donde se hallaba el oficial.

Se horrorizó al advertir que le habían arrancado el vendaje y se apresuró a volvérselo a poner.

Pedro, que la había seguido, trató de apartarla. Pero ella se abrazó desesperadamente al amado cuerpo.

—¡Déjate, déjate! — exclamó entre sollozos—. Si le matas, mántame a mí también.

Había un fervor tan profundo y desesperado en aquellas palabras, que Pedro quedó perplejo.

Una cobardía extraña le había invadido.

—¿Luego le amas todavía?— preguntó con voz ahogada.

—¿Más que a mi vida! ¡Si lo pierdo, moriré también yo! Sin él no podría vivir.

Una misteriosa reacción se produjo en el alma del monstruo. Miró hacia el caído con una especie de respeto inexplicable.

Si no por su pensamiento, por su alma pasaron recuerdos dulcísimo. Todo lo bueno que hubo en su alma durante su vida pareció renacer y confabularse ahora para convertirle.

Perplejo, con el cirio en alto,

contemplaba a María y veía sus manos amorosas y puras deslizarse como palomas sobre el ensangrentado pecho.

Sin que ella se diera cuenta, dejó el cirio en el suelo y salió de la estancia.

Volvió poco después, cuando el capitán ya estaba vendado.

Se acercó a ella.

—¡Levántate!—le dijo.

Había en sus palabras un algo, una emoción y una suavidad, que la impulsó a obedecer.

Se arrodilló Pedro donde antes estuvo arrodillada ella y pasó cuidadosamente sus brazos por debajo del cuerpo del herido.

Al querer ponerse en pie con la carga, las piernas se le doblaron. Pero un nuevo esfuerzo le permitió levantarse y levantar al oficial.

—¡Ven!—ordenó a María.

Y cruzó todo el convento con el herido en brazos.

Cuando llegaron al exterior del convento, vió María que de nuevo se había convertido aquel punto en el centro del combate. Silbaban las balas a ras de sus cabezas. A un lado y a otro, a unos centena-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

res de metros, caían los hombres y se extinguían las vidas.

Pedro se detuvo, se volvió hacia María, respiró profundamente como para hacer acopio de ánimos y de energías y dijo:

—Vamos, a jugarlos: nuestra mejor carta. Obedéceme y habrás ganado la partida. Espera aquí. No te muevas.

A la puerta había un carro cargado de paja y hacia él se dirigió Pedro. Depositó primero al herido y después subió él para enterrarlo en la paja de modo que sólo quedara libre su rostro para que pudiera respirar.

Acto seguido hizo lo mismo con María y saltó él a la delantera.

Dirigió a la joven una última frase animosa y fustigó a los caballos.

La sombra era ya casi absoluta. Apenas se veía el camino. Sólo de vez en cuando lo iluminaba el resplandor de una descarga.

Una escena semejante a la que ocurrió la noche memorable en que se malogró la vida de María, tuvo

lugar en los caminos de Craylock.

Una fiera, un loco, guiaba vertiginosamente su carro a través del campo en sombras. Entonces la tempestad era de agua. Ahora era de fuego.

Y también como entonces el brazo del conductor fustigaba infatigablemente a los caballos.

Oía silbar las balas a ras de su cabeza. Sintió el candente roce de alguna de ellas en la piel, acaso alguna se le incrustó en el cuerpo...

Pero no importaba. Nada era capaz de detener a aquel hombre.

Los soldados de Mirvania, al ver aquel carro que corría hacia ellos desde las filas enemigas, trataban de detenerle a balazos. Pero no sabían que aquel carro no podía ser detenido por nada ni por nadie, porque lo guiaba Pedro, el hombre asistido de una inspiración sobrehumana y acaso de una protección divina.

Saltó una trinchera, rompió una alambrada y se internó como un rayo en el campamento.

Cuando cien soldados con an-

torchas y fusiles le alumbraron y le apuntaron, él se limitó a decir con una sonrisa:

—Les traigo a ustedes uno de sus capitanes. Levanten la paja.

Al comprobar que era cierto lo que aquel soldado enemigo decía, todos acudieron a la trasera del carro y sacaron de la protectora paja a los viajeros.

Y a los ojos de Lebyn sucedió lo más conmovedor de la aventura. Habían tendido al oficial en una camilla y María, arrodillada a su lado, comprobaba con ansia que seguía viviendo.

Entonces abrió los ojos el oficial, y al ver a María, fué como si todas las fuerzas perdidas se concentraran en él en un segundo.

—¡Oh, María! ¿Eres tú de veras? ¡Qué bien me siento!

Un médico que había acudido lo reconoció y tuvo un gesto de satisfacción.

—Nada grave. Cuestión de quince días... ¡Animo, capitán!

María derramó unas lágrimas de gozo. Ahora sí que no lo perdería. Ahora sí que sería su esposo.

Se acordó de pronto de Lebyn y se volvió hacia él. Pedro, en lo alto del pescante, sonreía. Acercóse a él la joven en una actitud de respetuosa admiración. Aquel hombre le parecía ahora un ser de espíritu superior. Se había convertido en un segundo en un santo y en un héroe. Para María era algo más: era el salvador del hombre que había de ser su esposo.

Se acercó a él.

—Pedro... Gracias...

Lebyn sonrió.

—Cuida de él, cuida de él. Yo estoy bien. Hacen falta muchas balas para acabar conmigo.

Y lanzó una extraña cartajada y cayó de cabeza desde el pescante.

Quiso el azar que su cuerpo rodara hasta quedar al lado del de su antiguo rival.

María se apresuró a auxiliarle. Se arrodilló a su lado, cogió su ensangrentada cabeza y la apoyó sobre su pecho.

Pedro lanzó un suspiro. Volvió el rostro hacia el oficial y, al ver que éste le miraba, le dijo:

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Bien, capitán. ¿Quién es el mejor de los dos ahora?

Y ya no dijo más. Sus ojos se cerraron para siempre.

Y los de María y los de Fernando se llenaron de lágrimas de gratitud.

FIN

COLECCIONE LISTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

NÚMEROS PUBLICADOS;

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—El Gran Desfile, por John Gilbert y Renée Adorée.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller.—La princesa que supo amar, por Hugucette Duflos y Charles de Roche.—El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita.—Sin familia, por Leslie Shaw.—Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno.—Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien.—Cobra, por Rodolfo Valentino.—El fin de Montecarlo, por Francesca Bertini y Jean Angelo.—Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert.—Zaza, por Gloria Swanson.—¡Adiós, juventud!, por Carmen Boni.—El judío errante, por Gabriel Gabrio.—La mujer desnuda, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nila Naldi, etc.—Casanova, por Ivan Mosjoukine.—Hotel Imperial, por Pola Negri.—La tía Ramona, por Luisa Fernanda Sala.—Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore.—Noche Nupcial, por Lily Damita.—El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell.—Beau Geste, por Ronald Colman.—Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy.—La Mariposa de Oro, por Lily Damita.—Ben-Hur, por Ramón Navarro.—El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.—La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich.—La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo.—Trípoli, por Esther Ralston y Charles Farrell.—El Rey de Reyes. La ciudad castigada.—Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino.—Águilas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque.—El Sargento Malacara, por Lon Chaney.—El Capitán Sorrell, por H. B. Warner.—El Jardín del Edén, por Corinne Griffith.—La Princesa mártir, por Lucienne Legrand.—Ramona, por Dolores del Río.—Dos Amantes, por Vilma Banky y Ronald Colman.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia, El ángel de la calle, La última cita, El enemigo, Amantes, Moulin Rouge, La Ballarina de la Opera, Ben-El, Los Cuatro Diablos, ¡Ríe, payaso, ríe!, Volga, Volga, La Sinfonía Patética, Un cierto muchacho, ¡Nostalgia!..., La ruta de Singapore, La Actriz, Mister Wu y Renacer.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



La emocionante novela

LAS TRES PASIONES

por **Alice Terry e Ivan Petrovitch**



Cristina, la holandesa

por **Janet Gaynor y Charles Morton**



Portada a todo color

16 magníficas ilustraciones en papel couché



NO SE FIE
de imitadores

Las mejores novelas
de cine las publica

Ediciones Bistagne

bajo la dirección del
creador de la verdadera
novela cinematográfica

Francisco - Mario BISTAGNE





Si es usted amante de la
lectura de novelas mo-
dernas, no se olvide de
adquirir todos los martes

La Novela del Chofer

y si le seducen las novelas
sentimentales, compre
todos los viernes

La Novela de la Modistilla

Inmejorable presentación

PRECIO: 30 CÉNTS.

